



© Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores

Novena Promoción 2010-2011

© Antonio Barahona, Ana Bidart, Matías Candeira, Alberto Fernández, Carmen Fonseca, Daniel Franca, María Lillo, Rodrigo Márquez Tizano, Alejandro Morellón, Lara Pintos, José E. Porras, Héctor F. Pascual Álvarez, María Sevilla, Salvador J. Tamayo.

ISBN: 978-84-939144-0-0

Depósito Legal: CO-690-2011

Diseño y maquetación: Alberto Fernández, José E. Porras.

Corrección de textos: Matías Candeira.

Imprime: Gráficas Galán.





Todos los nombres que aparecen en este libro son ya inolvidables para mí. Y espero que muy pronto lo sean para todos los que han de contemplar sus obras.

La novena promoción que habitó en esta casa, suya durante este curso y que seguirá siéndolo, está especialmente próxima a mi corazón. Y sé también que al suyo, por la tristeza que -así me lo repitieron a menudo- les produce dejarla.

Pero se equivocaban. No la dejan: siempre será su casa, abierta para que regresen a contarnos qué hacen fuera de ella, cómo la echan de menos, sus éxitos profesionales que tanto les deseo. La filial amistad que le profesan es tan correspondida por mí que nuestro lema -“ponme como una señal sobre tu corazón”- ya grabado imborrablemente de antemano en el mío, se ha multiplicado para acoger cada uno de sus nombres.

Que la vida los bendiga a todos; que nunca los separe; que sus éxitos los compartan entre ellos y conmigo; que no me olviden aunque yo no esté. Y que nos añoren, al convento y al aire y a la luz que la habitan, y vuelvan a menudo.

Porque son miembros predilectos de una ya larga familia. Una familia que, se encuentren donde se encuentren, es y será la suya, la que ellos eligieron. Hasta el fin.

Antonio Gala



## Artes plásticas

Antonio Barahona  
Ana Bidart  
Alberto Fernández  
Carmen Fonseca  
Daniel Franca  
Lara Pintos  
José E. Porras

# ANTONIO BARAHONA

Miradas al costumbrismo andaluz

*Miradas al costumbrismo andaluz* es un proyecto que hace de la costumbre andaluza objeto de representación y reflexión artística a través de la pintura; asumir en el lienzo una pizca de Andalucía, su cultura, sus tradiciones, sus rincones y paisajes.

Jorge Gallego ha dicho: «Más allá de la mera contemplación y deleite estético en el que podemos caer ante una obra de Barahona, debemos indagar y sobrepasar la epidermis del cuadro hasta descubrir su verdadera esencia».







*El rastro*  
Óleo sobre tela  
40 x 70 cm  
2011

*Tiestos*  
Óleo sobre tela  
150 x 150 cm  
2011







*Hasta las pieras*  
Óleo sobre tela  
73 x 100 cm  
2011

*Solería*  
Óleo sobre tela  
180 x 180 cm  
2011



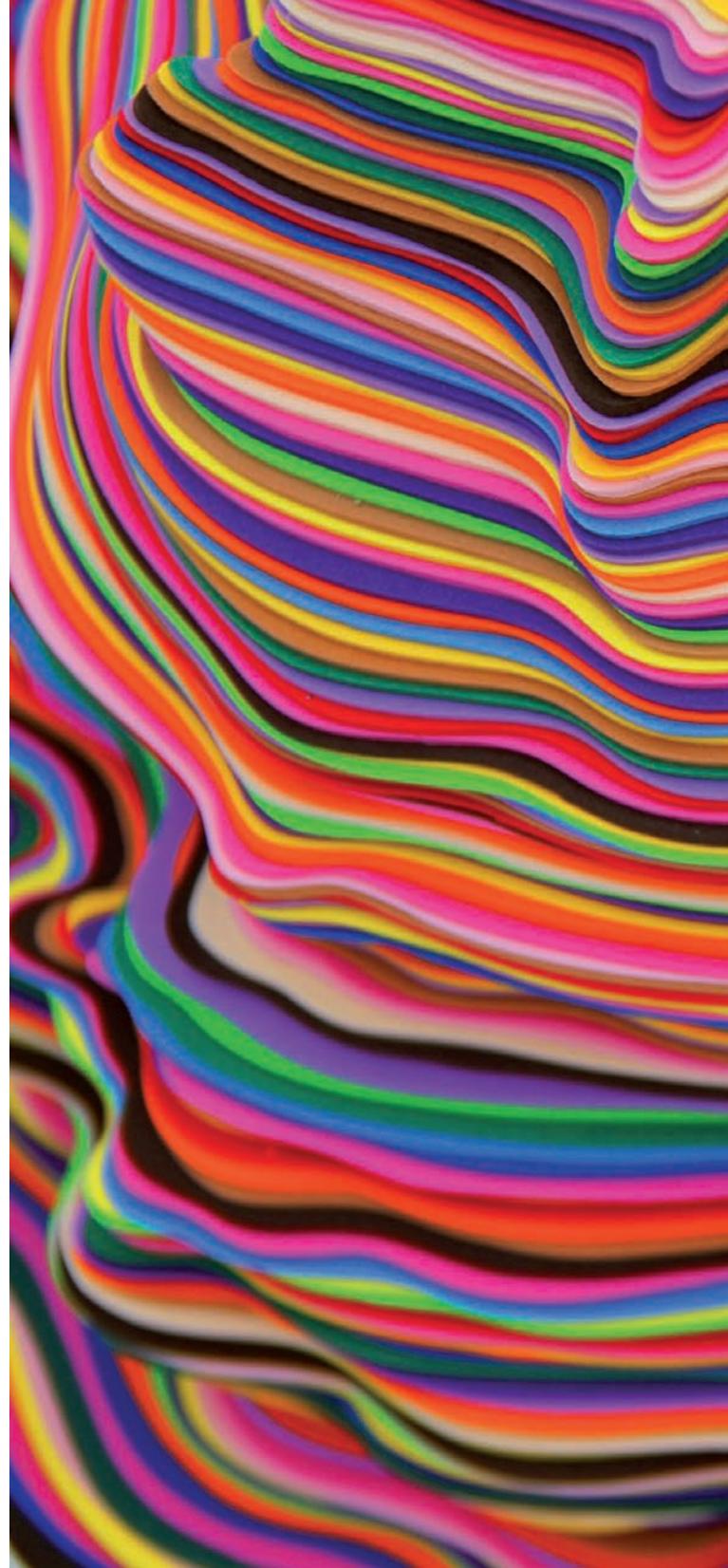
*Medio pecado*  
Óleo sobre tela  
25 x 25 cm  
2010

*Sin título*  
Óleo sobre tela  
190 x 130 cm  
2011



## ANA BIDART

Durante estos meses he estado trabajando en distintas maneras de sugerir *tiempo* y *espacio*. Buscaba un equilibrio entre la complejidad y la simplicidad en cada pieza. En estos objetos me interesan tanto los procesos industriales –la secuencialidad, la perfección– como los manuales –la aleatoriedad, lo imperfecto–, pero, más aún, las posibles relaciones y paradojas que puedan surgir a medio camino entre uno y otro.



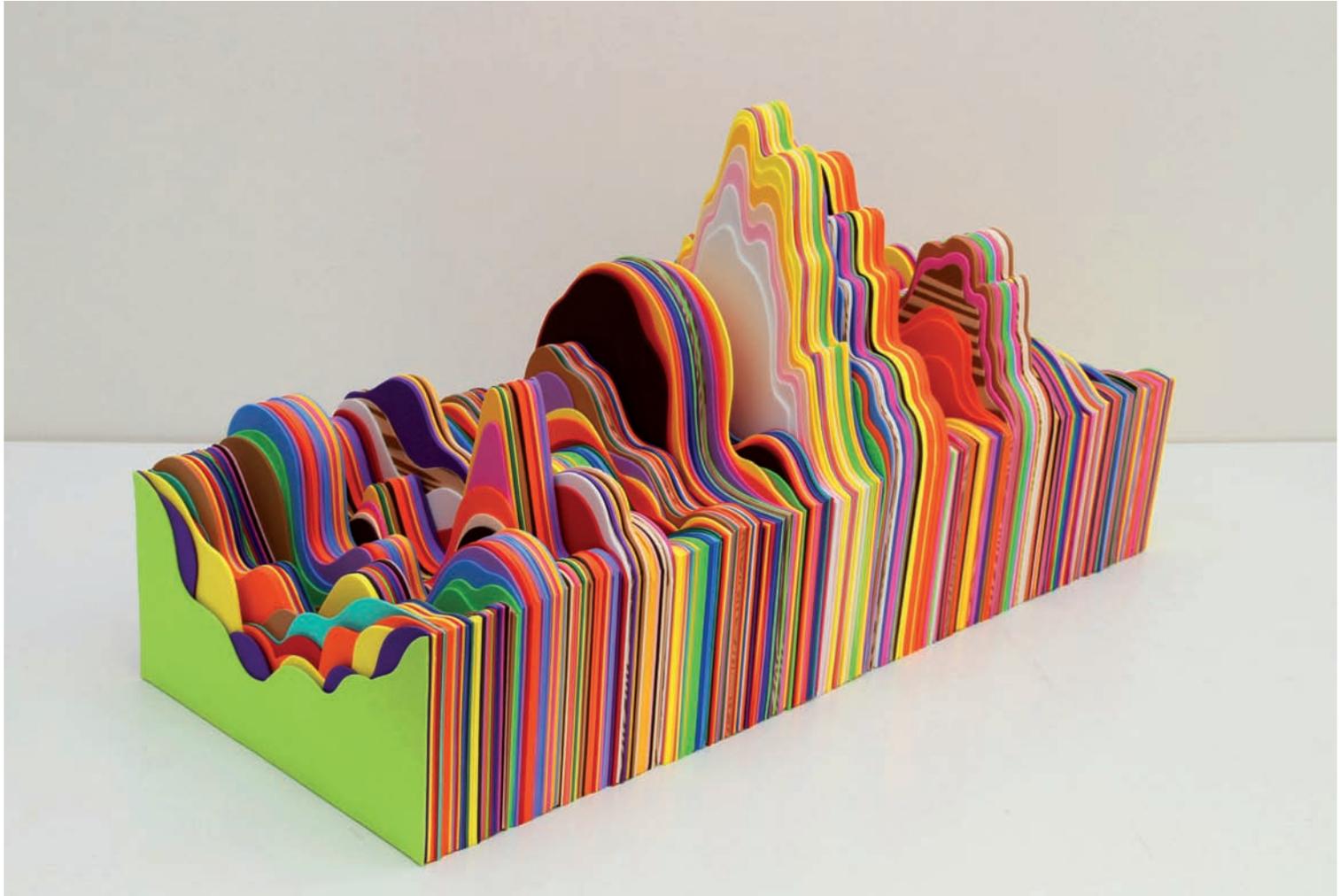




*Sin título*  
Goma EVA  
23 x 45 x 56 cm  
2011



*Sin título*  
Goma EVA  
45 x 54 x 58 cm.  
2011



*Sin título*  
Goma EVA  
27 x 70 x 38 cm  
2011



*Sin título*  
Rollos de papel intervenidos con cúter  
10 x 6 x 6 cm c/u  
2011



*Sin título*  
Lápiz de color sobre papel  
Tríptico 70 x 150 cm  
2011

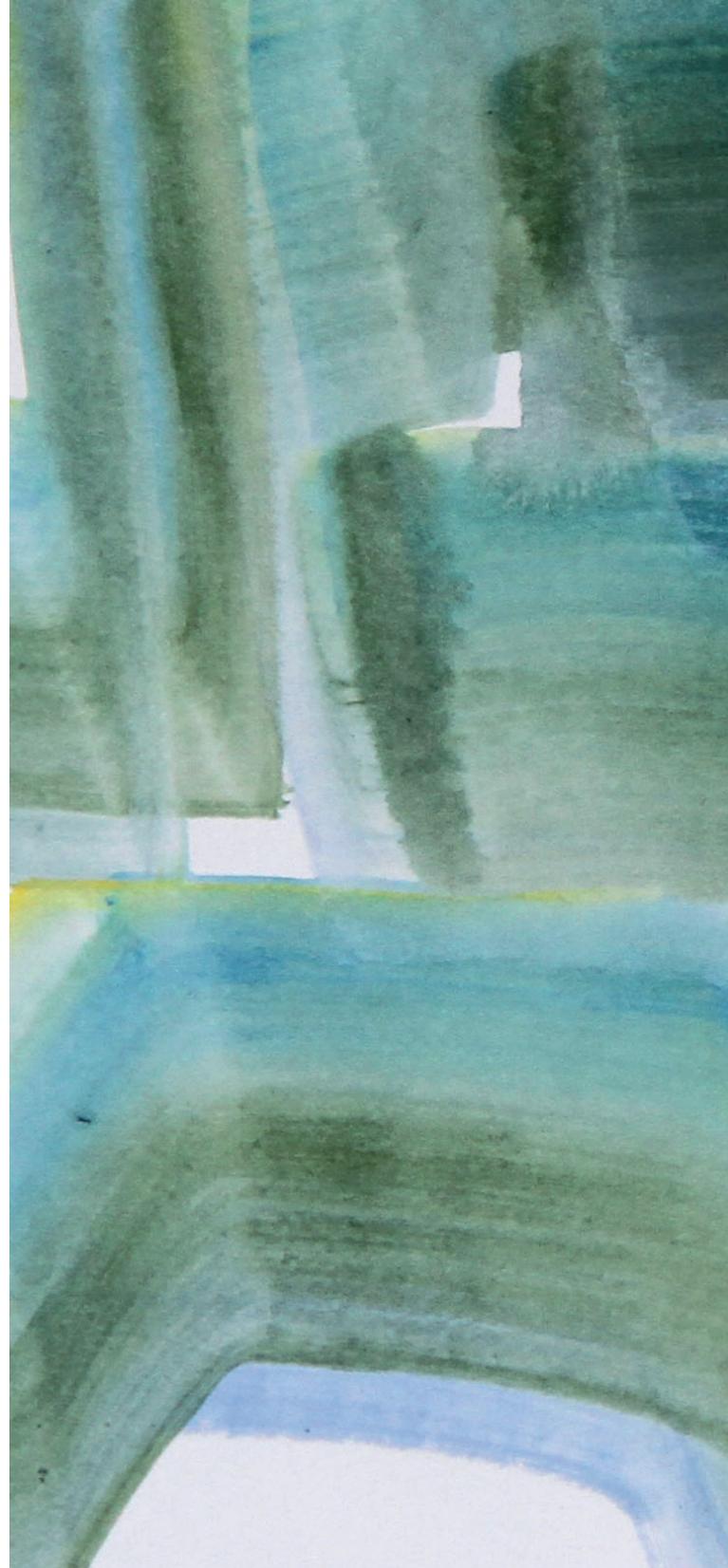
*Sin título*  
Lápiz de color sobre papel  
Detalle

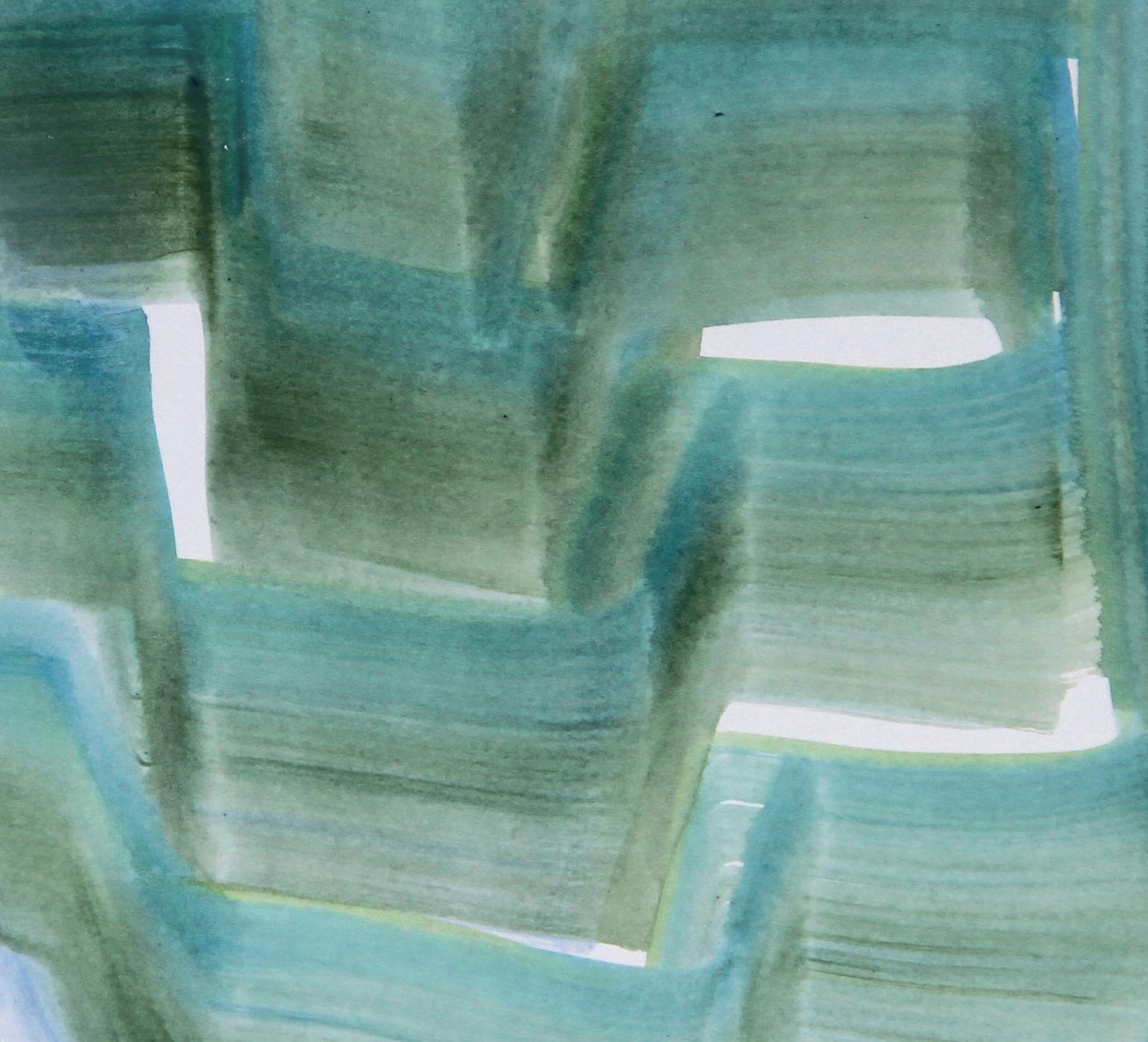


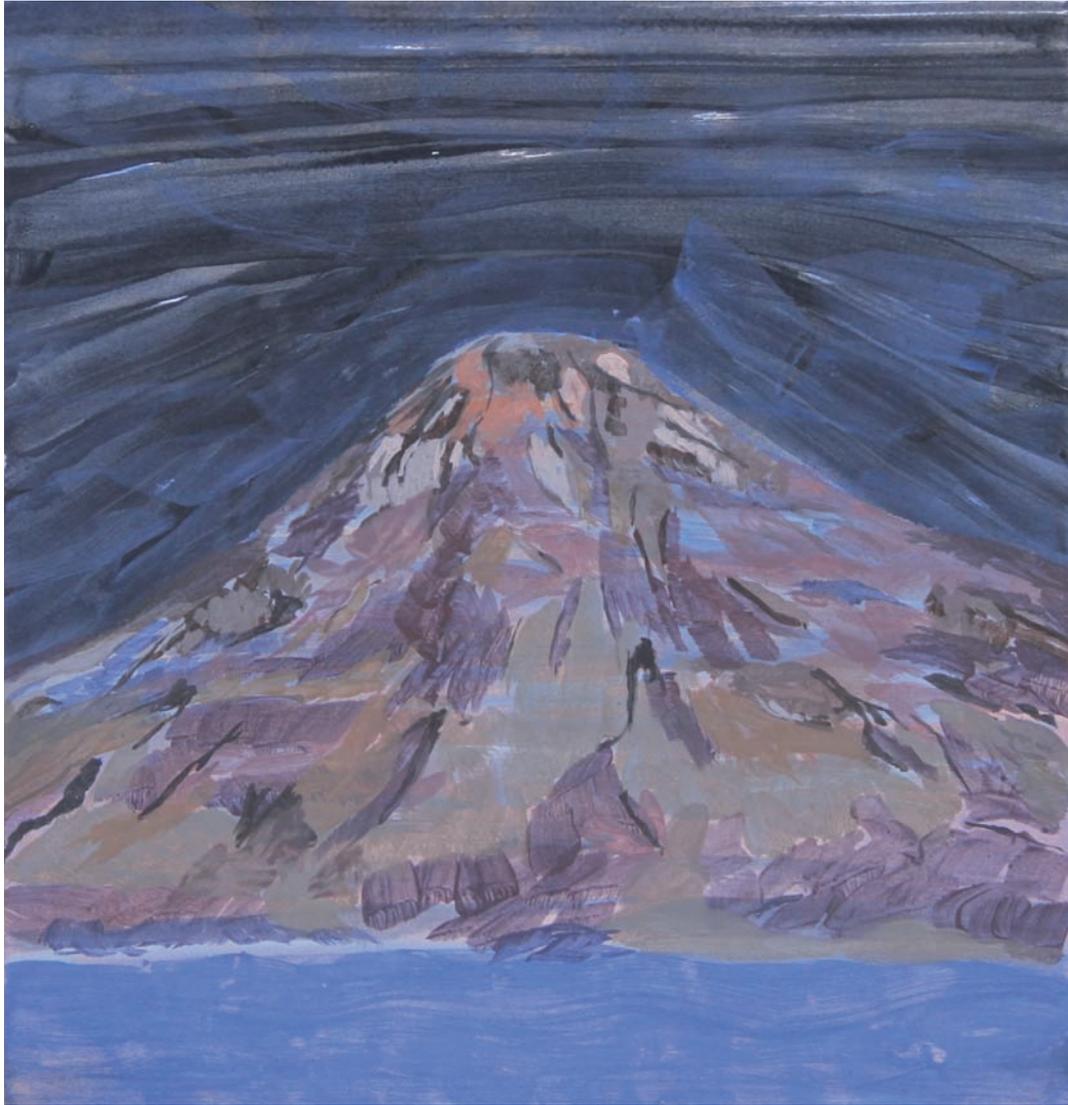
# ALBERTO FERNÁNDEZ

Placerdemivida

Establecí que, durante el primer cuatrimestre, trabajaría con la novela *Pan*, de Knut Hamsun. El objetivo era transmitir o traducir sensaciones e imágenes mentales procedentes de la lectura a través de una pintura personal de estética sencilla. Para ello usé exclusivamente acrílico y acuarela sobre papel. Desde el comienzo del segundo cuatrimestre –hasta el final de la estancia– el proyecto sería más libre y abierto sin abandonar la sencillez, lo mental y la tecnología autoimpuesta. Gran parte del trabajo posterior tiene un talante más abstracto y geométrico, y está más centrado en el dibujo.







*Pan (Edvarda)*  
Acuarela y acrílico sobre papel  
32.6 X 30.6 cm  
2010



*Pan (mar)*  
Acuarela y acrílico sobre papel  
32.7 X 30.6 cm  
2010



*Sin título*  
Acuarela y acrílico sobre papel  
45 x 23 cm  
2011



*Sin título*  
Acrílico sobre papel  
23 x 45 cm  
2010



*Sin título*  
Acrílico sobre papel  
20 x 20 cm  
2011

*Máscara de Emilio*  
Acrílico sobre papel  
45 x 23 cm  
2011

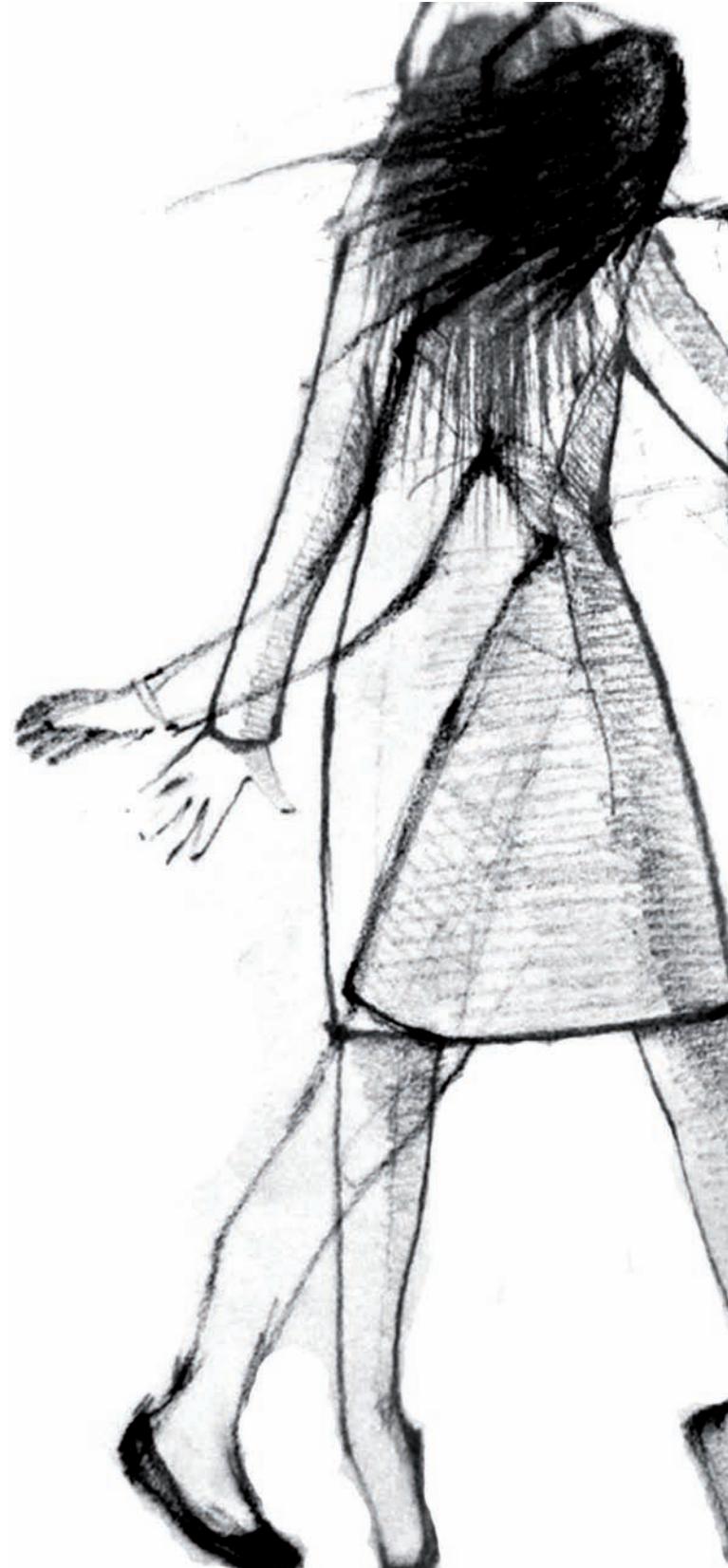


# CARMEN FONSECA

## La estrategia

El equilibrio es un punto exacto... El desequilibrio una coordenada cualquiera que nos asalta en el camino. Resultaba hipnótico su movimiento dantesco, como ramas que se parten en mitad de la tormenta. Alguien preguntó confuso ante tal espectáculo, y ella, con los ojos cubiertos y el rostro imposible, respondió que las explicaciones ante las necesidades del cuerpo y de eso que algunos llaman *alma* sólo sirven para enredarlo todo y volverlo superfluo y finito. Entonces comenzó la contorsión y los allí presentes comprendieron la limitación de la palabra.

María Sevilla

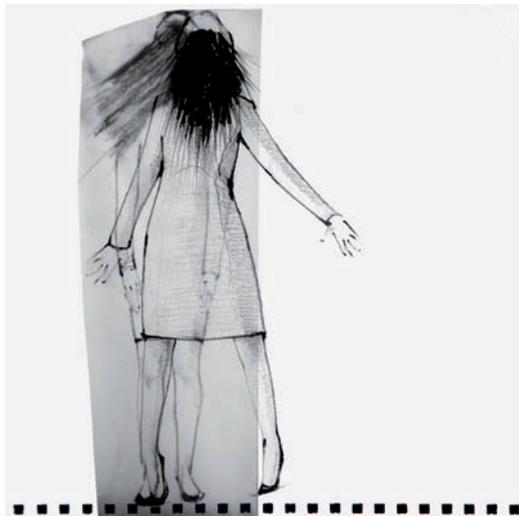
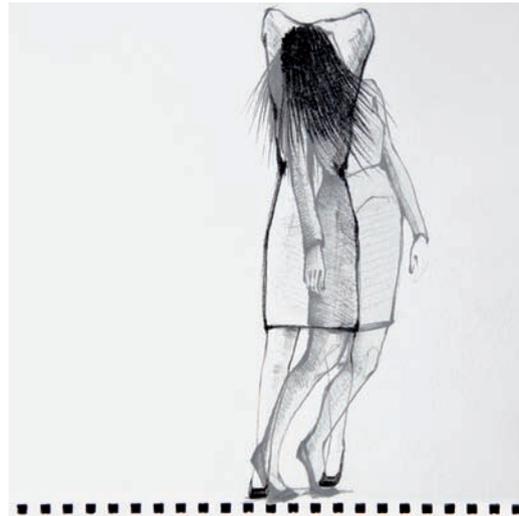
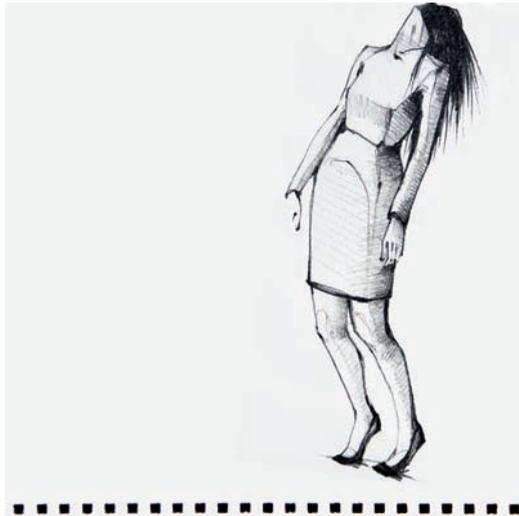




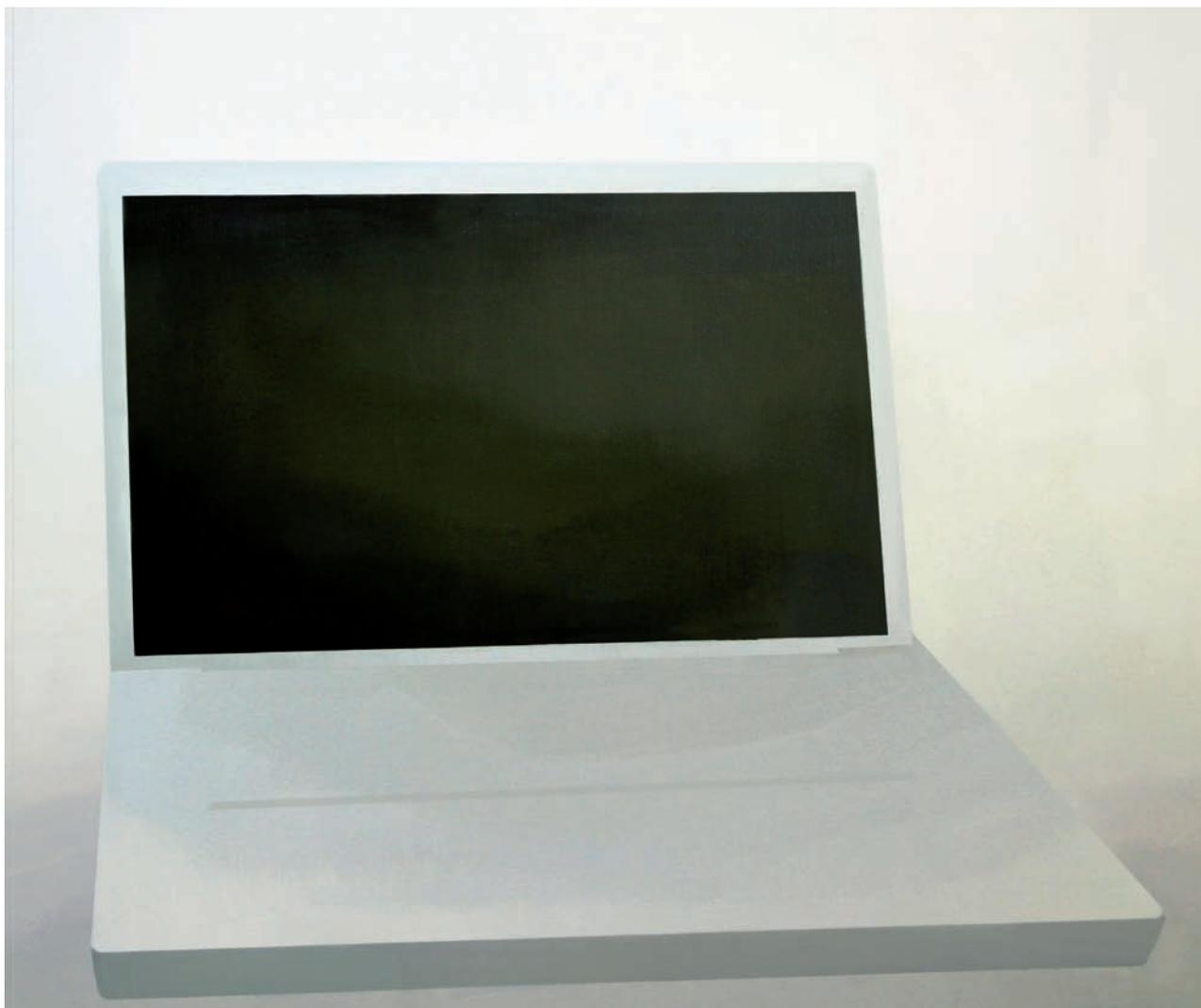




*Posibilidades de tránsito I y II*  
Óleo sobre tabla  
33 x 41 cm c/u  
2011



*Conspiración*  
Grafito sobre papel  
20 x 20 cm c/u  
2011



*Extraña utopía*  
Óleo sobre tabla  
46 x 55 cm  
2011



*Admirable propiedad*  
Óleo sobre tabla  
33 x 41 cm  
2011

*Inundables, nuevos y consistentes*  
Óleo sobre tabla  
81 x 100 cm  
2011



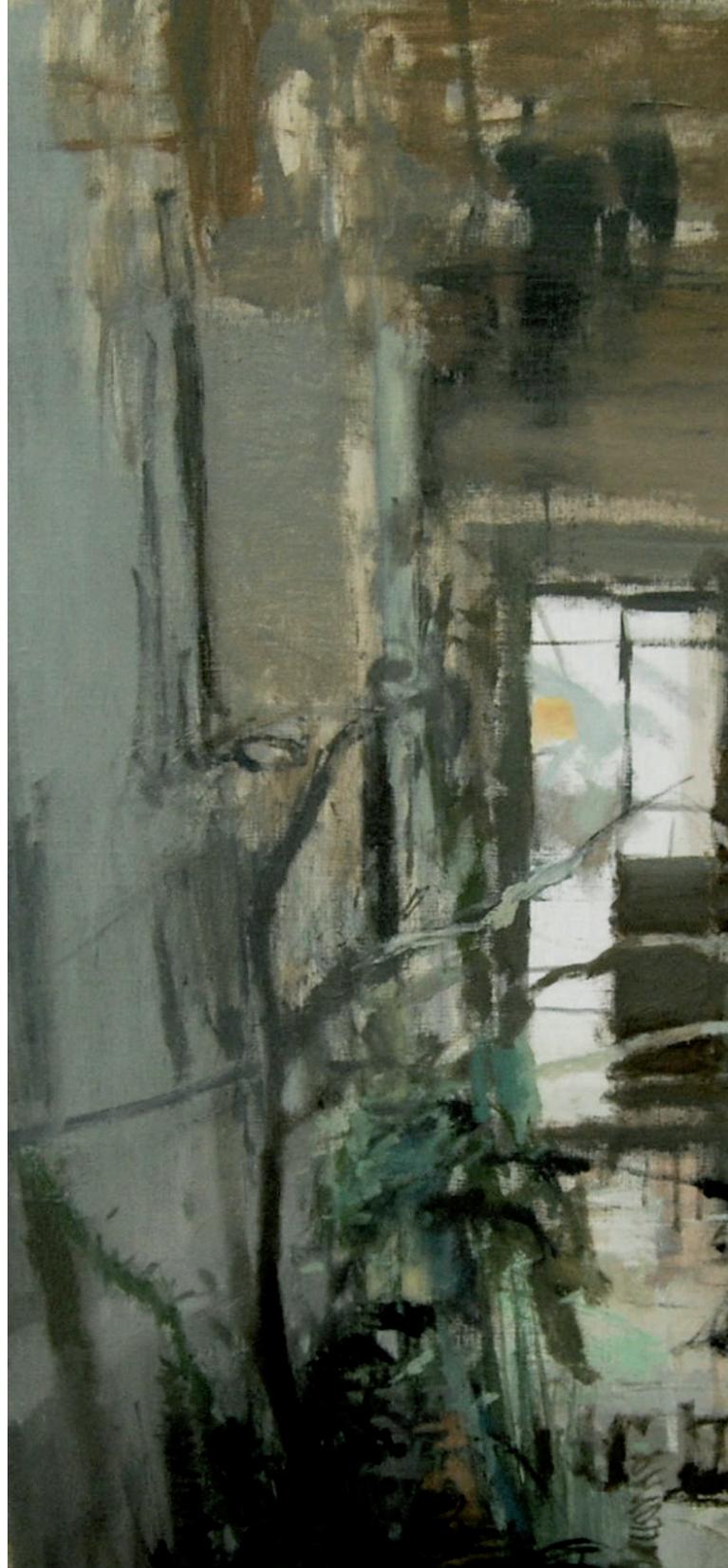
# DANIEL FRANCA

Expansión agresiva

Los amigos dejan de hablarnos; el deseo sexual se descompone, las casas se arruinan.

Y en el momento en que nos volvemos conscientes de esta caducidad humana tenemos que abandonar lo que estemos haciendo, cruzar las estancias, cerrar la puerta con cerrojo y sentarnos en un lugar de tristeza y frío que es la esencia inmutable de todo.

Héctor F. Pascual Álvarez







*Sun, Sun, Sun!*  
Óleo sobre lienzo sobre tabla  
30 x 30 cm  
2011

*Sun, Sun, Sun!*  
Óleo sobre lienzo  
164 x 164 cm  
2011







*Estudios Expansión Agresiva*  
Óleo sobre lienzo montado en 6 tablas  
30 x 30 cm c/u  
2011



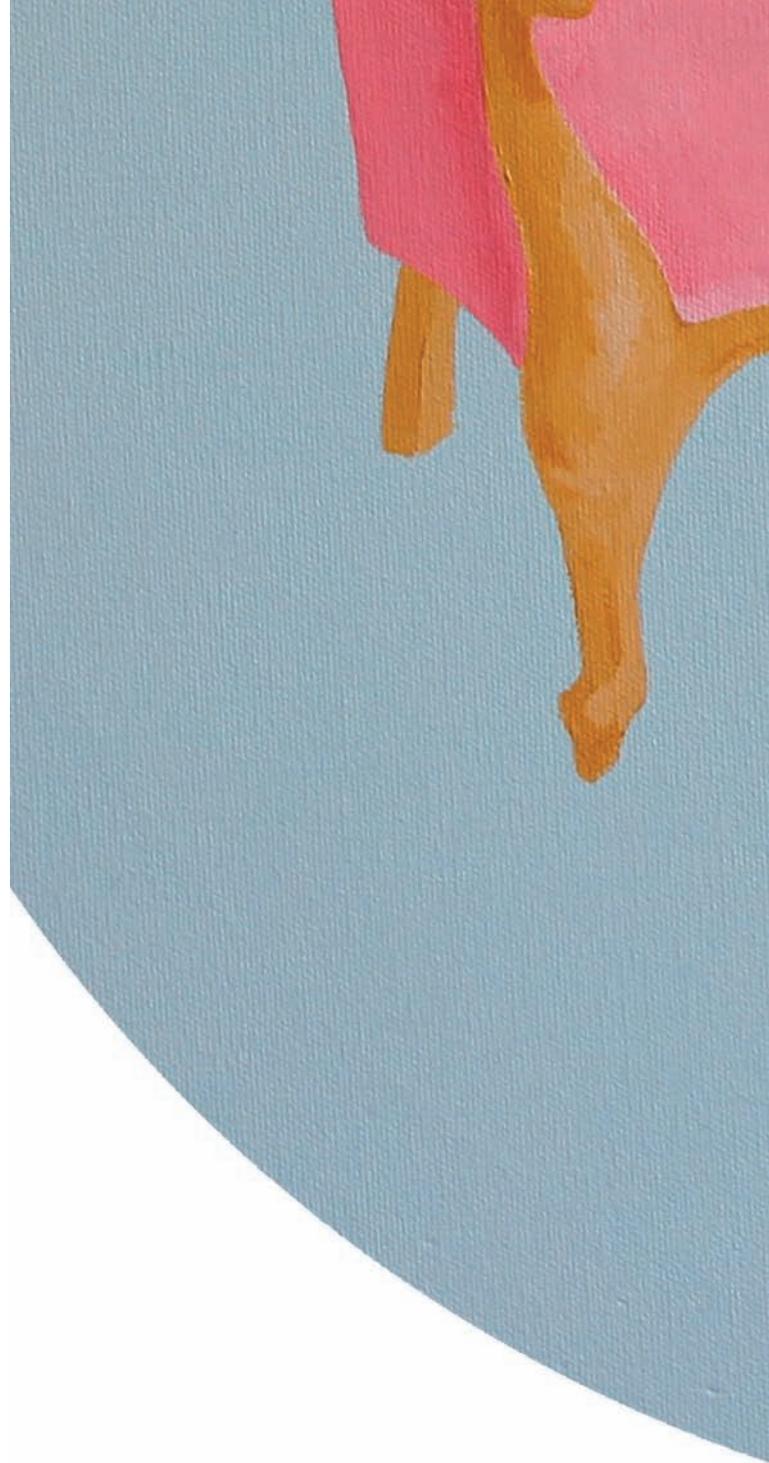


*Almorávides, 5*  
Óleo sobre lienzo  
50 x 100 cm  
2011

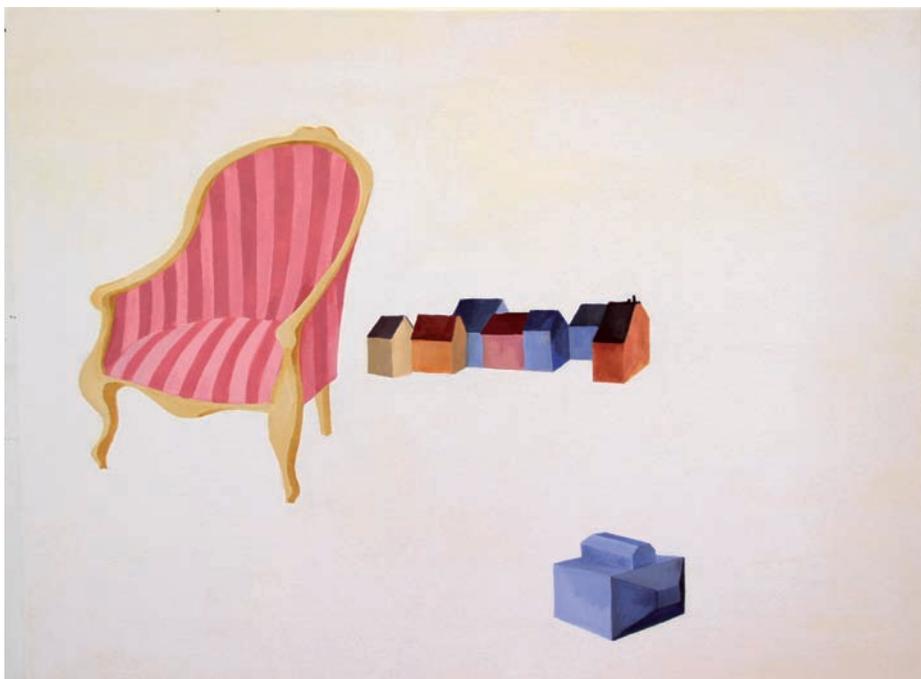
# LARA PINTOS

## Recuerdos de una silla

Este es un proyecto pictórico que narra las vivencias pasadas de unos muebles imaginados, siempre ligados a casitas miniaturizadas o teteras enormes que se derraman hacia el exterior del cuadro arrastrando todo con ellas. Mientras las butacas y las sillas se vuelcan caprichosamente, una *chaise longue* es el refugio de estas casitas de juguete y piezas de construcción infantil. Este mundo de color de rosa, cambiante, *gulliverizado*, hace preguntarse qué es lo que va mal.







*Recuerdos diminutos*  
Acrílico sobre lienzo  
50 x 65 cm  
2011



*Vivencias caseras*  
Acrílico sobre lienzo  
50 x 65 cm  
2011



*Juegos secretos I y II*  
Acrílico sobre lienzo  
45 cm de diámetro c/u  
2011



*¿Jugamos a las casitas?*  
Acrílico sobre papel  
20 x 20 cm c/u  
2011



*Terapias caseras*  
Acrílico sobre lienzo, díptico  
100 x 162 cm  
2011



*Derramada*  
Acrílico sobre papel  
20 x 20 cm  
2011

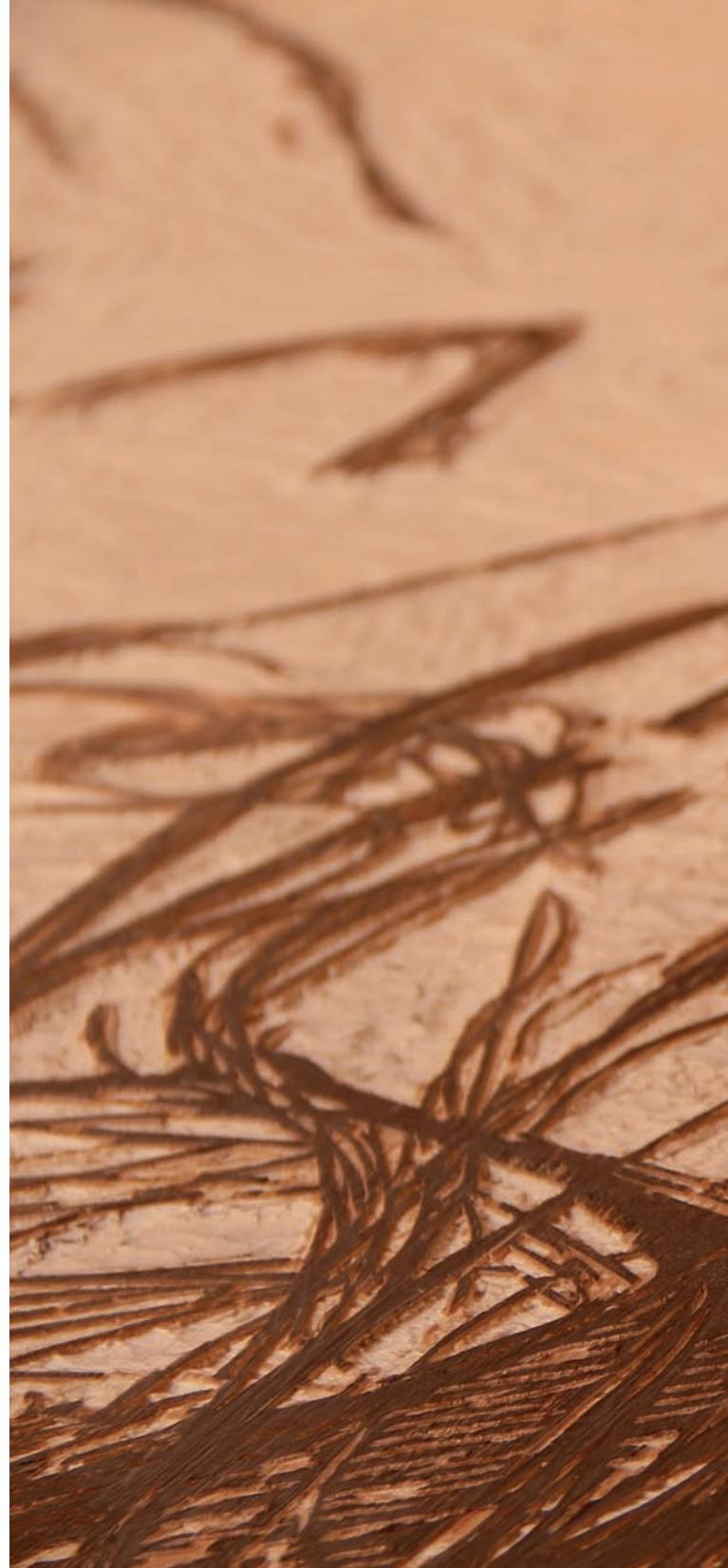
*Derrame en la salita*  
Acrílico sobre lienzo  
114 x 146 cm  
2011



# JOSÉ E. PORRAS

Diseño para un incendio

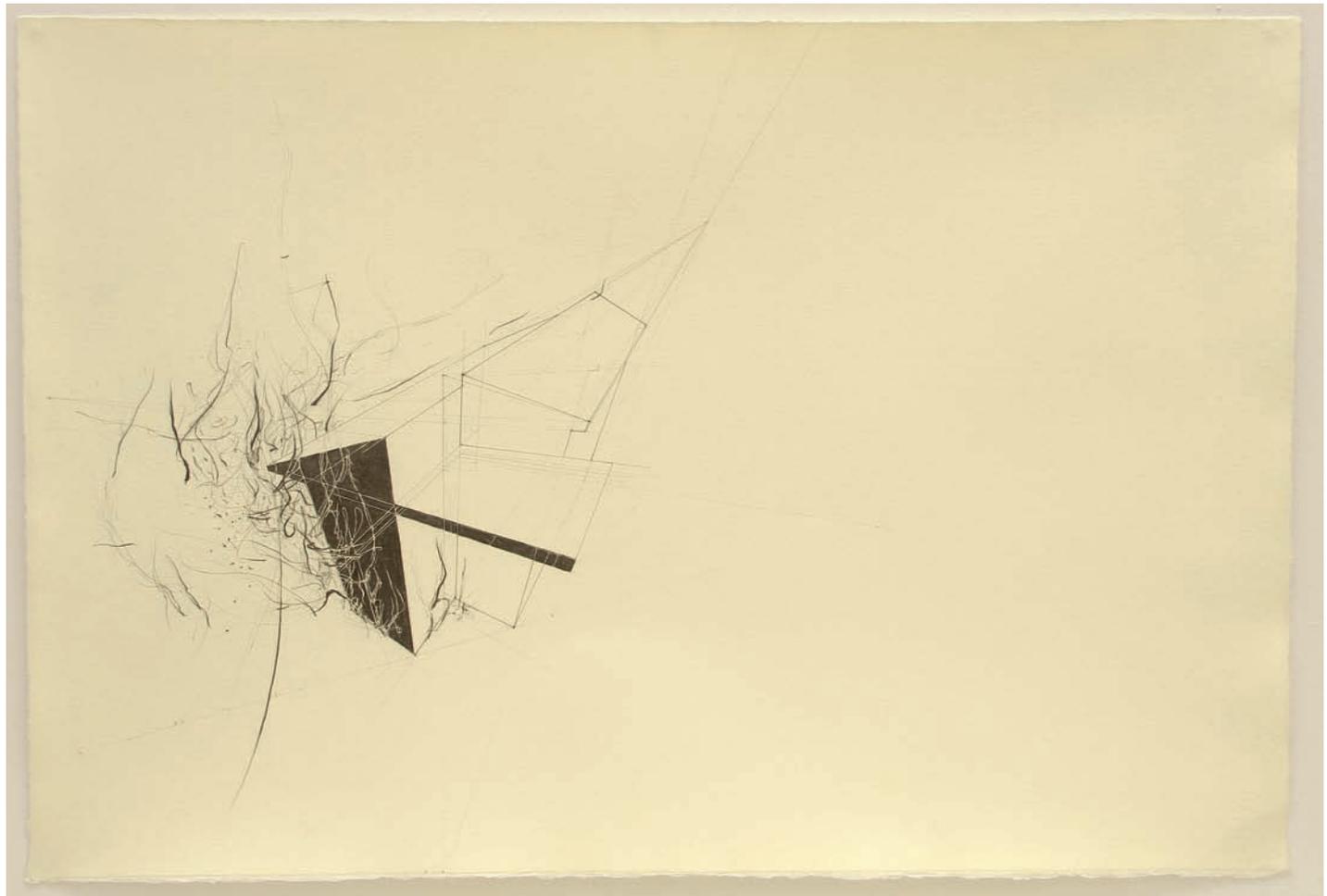
En un principio mi proyecto estaba encaminado a desarrollar una serie de instalaciones, utilizando la obra gráfica como elemento protagonista en relación con el espacio, donde el modelo principal fuese un elemento natural que se encontrara en constante cambio; en este caso el fuego y el humo. Después del primer trimestre, decidí desarrollar una pequeña serie de esculturas que transformaran un objeto de madera partiendo de las sensaciones de movimiento que provocan, nuevamente, el fuego y el humo, a la par de un proyecto de dibujo que registra dicho movimiento.







*Diseño para un incendio*  
Xilografía y grafito  
medidas variables  
2011



*Diseño para un incendio No. 1*  
Grafito sobre papel  
56 x 80 cm  
2011



*Caida libre*  
Madera  
17 x 10 x 13 cm  
2011



*S/T*  
Madera  
30 x 10 x 12 cm  
2011

*Escurrir*  
Madera  
100 x 18 x 22 cm  
2011





S/T (serie nubes)  
Grafito sobre papel  
39 x 27 cm  
2011



*S/T (serie nubes)*  
Grafito sobre papel  
39 x 27 cm  
2011

*“Nadie sabe su verdadero nombre  
hasta que no es llamado por una voz ajena”.*

Antonio Gala

## Literatura

Matías Candeira

María Lillo

Rodrigo Márquez Tizano

Alejandro Morellón

Héctor F. Pascual Álvarez

María Sevilla

Salvador J. Tamayo

# MATÍAS CANDEIRA

La sangre, la pareja, la clase media, la realidad, el sexo, la enfermedad, la familia o la muerte... estos relatos pretenden ser una investigación literaria sobre algunos tabúes contemporáneos. No rehuirlos, sino entenderlos desde el interior. No acotarlos, sino liberarlos del prejuicio.

Un viaje para levantar esa piel, demoler una muralla que nos aterra, abrazar a un padre, matar a un hijo.

# ¿QUIERES SER MI HIJO?

MATÍAS CANDEIRA



CARNE  
(fragmento)

–Ay, hijos, creo que se me está cayendo la piel –dice Carmen–.  
Lo noto.

Ella se lleva la mano al párpado abultado y estira la piel con más fuerza de la que debe, hasta que se le ve esa zona más rosada, cárdena, como a los que están más blandos de lo debido.

–Estás estupenda, hombre. El ojo morado apenas se te nota.

–Si no os importa, yo he traído el vinito –anuncia Antonio, y pronuncia amorosamente la cosecha y la denominación de origen para que todos queden impresionados–. Lo tenía por casa abandonado. Pero no me apetecía bebérmelo solo. Cabernet sauvignon, ¿eh? ¿Cómo os quedáis?

–Ya lo has dicho, Antonio.

–Pero es un Cabernet Sauvignon. *Sauvignon*. Qué bien suena, no me digáis que no. Es que lo dices y, joder, se te acelera el pulso.

Una vez se han servido y han tratado de sonreírse unos a otros, Eugenia carraspea por fin, levanta su copa de forma dulce –brindis de Navidad–, tal y como es ella. Es el momento.

–Mi jefe.

–Estás todo el día hablando de él y ni siquiera te lo has tirado  
–dice Carmen.

–No sabía muy bien qué elegir –continúa Eugenia. El olor a carne antigua y sepultada le hace dudar un momento. Así piensa, de pronto, en un matadero viejo lleno de ojos y en música de cámara y también en los hijos que no ha tenido. Carraspea otra vez, le fastidia no conseguir nunca darse autoridad–. Esta mañana el señorito ha querido bajarme el sueldo otra vez.

–Pero si ya eres pobre –dice Pepín.

La dichosa arruga del mantel ha vuelto a resurgir como un gusano, y Eugenia posa el dedo sobre ella un poco antes de continuar:

–Eso. ¡Eso es lo que yo le digo! Pero es que me ha comentado lo del sueldo tan amable y poniéndome unos ojos...A ver, es un chico muy guapo.

–Bueno, ¿y entonces?

–Pues eso, el chaval erre que erre: que tenemos que implicarnos con la empresa, porque no es buen momento y hay que arrimar el hombro. Que somos una familia y todo eso.Y yo, claro, le he comentado que no tengo dónde caerme muerta, y que si me bajaba el sueldo todavía más dónde íbamos a ir a parar.

Todos asienten como se hace cuando alguien tiene mucha razón, aunque Eugenia sea una sombra que ríe y sorbe del vino y dice «suviñón», pronunciando mal, con saña, para ver cómo reacciona Antonio. Ella ni siquiera está segura de si la arruga del mantel es más grande o más pequeña que antes, pero se alegra de que alguien la escuche. Ella siempre se dice: podría ser peor.

–Bueno, total –sigue–, que hemos estado un rato así.Y como el chico no atendía a razones, al final me he levantado, le he cogido una

mano y se la he metido en la trituradora de papel. Y qué tranquilidad, chica. De verdad.

–¿Cómo se lo ha tomado? –pregunta Pepín.

–La verdad es que mal. Creo que me está buscando la Policía.

Antonio no tarda en levantarse, muy orgulloso. Le da las gracias a Eugenia. Hasta la besa en la mejilla.

–Me alegra que lo hayas compartido con nosotros. Sé que es difícil.

–De nada –dice Eugenia–. Tenía los alaridos del pobre chico aquí. Como atravesados, ¿sabéis?... Mirad, no he podido ni merendar. Pero contarle me da mucho gusto. Me hace sentirme apoyada. Además, hay cosas que no son de recibo. Gano menos que los perretes esos que van a los concursos a dar saltos y hacer monerías.

Antonio levanta su copa y aspira fuerte el olor. A diferencia de los otros, resulta agradable para él volver a lugares que apenas puede decirse que existan. En su memoria todo huele a limpio. Ni siquiera hay huesos. Y es como si, sólo por un instante, la música del tocadiscos saliera tibia de ese sumidero brillante y oxidado donde hace tiempo se perdía la vida de los animales. Ahora, por fin, se siente con ánimos de hablar.

–Yo esta mañana me he cargado al perro.

–¿A Cuqui? –se extrañan todos.

–Sí –dice–, es que no tengo con quién dejarlo. Y además, me recuerda un poco a mi mujer. Cuando vivía y todo eso. Me entra muy mala leche. El ácido úrico se me acaba poniendo por las nubes. Y ahora que estoy con la metástasis y vomitando sangre por las mañanas, eso es fatal.

–A mí no me gusta hablar de los muertos –dice Carmen, y aspira con la fuerza de las viudas en un cuarto en el que alguien falta–. Cuando se murió mi primer marido la casa estuvo oliendo a él un mes. Mejor que no lo pienses mucho.

Antonio saborea su propio vino, el vino de su vida, lento en los labios y entre los dientes, y es entonces cuando cierra los ojos, siente la gravedad del aire, el quejido de la puerta –una puerta que ya casi no se ve en la penumbra, como ese hueso que ha escondido hace un rato–. Después, el silencio.

–Mi Susana era pesada. Pero pesada de cojones. Ahora, que desde que está muerta, la verdad es que la echo mucho de menos. Cepillarse a una más joven no es lo mismo.

–Tienes mucha razón –le dice Carmen, y justo ahora se podría ver en sus ojos un lago azul en calma; esa clase de sitio en el que te quitas la ropa junto a alguien y te salpicas hasta que anochece. No tarda en coger de la mano a Antonio y darle ánimos. Es una mano de sala de cine en la oscuridad.

–Esta juventud –sigue Antonio–. Son unos finolis de mierda. Me acuerdo de que había veces, no sé, después de la cena. Está la casa tranquila y uno piensa de pronto: «Pues con algo habrá que matar el tedio». Susana y yo nos metíamos en el catre como dos aselvajados. Y yo le decía: «Oye, ¿te importa si te asfixio un poco?» Ella estaba encantada. Decía a todo que sí.

Carmen aún no ha dejado de mirarle. Quizás en otra vida, piensa, si nosotros... Pero se escucha decir:

–Los jóvenes de ahora ya no saben lo que es divertirse

Todos asienten en contra de quién sabe qué. El silencio es suyo, íntimo, una granja al atardecer donde las preguntas han acabado por

ser del color del vino. Comen muchísimos cacahuets. Poco a poco les entierran los pies, borrándoles las los tobillos, las piernas, bajo la montaña de cáscaras.

–¿Y qué has hecho con Cuqui? –pregunta Eugenia.

–Eso se lo preguntas al peruano de abajo de casa –contesta Antonio–. Le va a encantar la sorpresa.

–Yo no entiendo a esa gente –dice ella.

–Si vienen aquí sin papeles, por qué no voy a poder yo dejarles a mi Cuqui tirado en mitad de la tienda. ¿Eh? A ver. ¿Por qué? Al menos, mi bicho tiene pedigree.

Los demás están otra vez de acuerdo y brindan, ya han perdido la cuenta de las veces; brindan, chocan torpemente los vasos, quizás porque piensan en ese dulce indio troceando al perro que fue pequeño y servicial en vida. Desean, quizás como Antonio, que el indio sea sorprendido por Sanidad, puesto a disposición judicial, deportado, esas ventajas que te ofrece el hecho de pagar tus impuestos. Es entonces cuando Pepín levanta el vaso y sonrío a todos incitándoles a celebrar el final de la reunión. Nadie dice una sola palabra. Pepín siempre está igual, y Carmen le señala con el dedo.

–¿Quieres que te meta un tortazo y que te despiertes como un hijo retrasado?

Por instinto, Pepín se encoge. Pepín oculta sus manos temblorosas en los bolsillos. Pepín mira de lado a lado; a esa oscuridad impenetrable que les rodea donde puede haber animales colgados, o quizás ella, también colgada, abriendo los ojos de pronto y mirándole.

–Es que le he dicho a mi madre que estaba haciendo horas extras –dice tímidamente–. Me va a llamar si no vuelvo a casa a mi hora... No quiero que me llame.

–Bebe y calla, a ver si la voy a tener que llamar yo para que te azote –responde Carmen–. ¿Sabéis lo que me ha pasado a mí?

–Cuenta.

–Os acordáis de que alguna vez os he hablado de mi Gonzalo, ¿verdad? Nada, como siempre me está poniendo la mano encima y me paso el día de aquí para allá en el hospital para que me curen, esta mañana me he levantado más pronto que él.

–¿Qué fue lo que les dijiste la última vez?

–Que me había mordido el hámster.

–¿Y lo de la hemorragia interna?

Carmen empieza a mirarse los pies con preocupación.

–Con eso costó convencerles.

–Tienes que poner a dieta a tu marido. Se emociona contigo, Carmen, y pasa lo que pasa.

–A lo que iba –continúa ella–: El caso es que esta mañana, después de desayunar como una reina, me he escondido en el baño pequeño. Ahí tenemos una cortina muy tupida en la bañera. No se ve nada detrás. Y eso, cuando Gonzalito ha entrado a lavarse los dientes, le he dicho: «¡Sorpresa, cariño!»; y le he reventado la cara contra el grifo nuevo que nos hemos comprado.

Ha acabado con su vino en el vaso. Con un gesto suave, Antonio le sirve hasta el borde.

–Me da pena –dice Carmen–. Era un grifo muy bueno. Nos costó un dineral.

–Está todo carísimo –añade Eugenia.

Aún quedan algunas canciones dulces en el disco, y el olor ya es un poco menos fuerte cuando han terminado la segunda botella. Antonio no duda en sacar otra de a la bolsa.

## MARÍA LILLO FELIS

El 31 de octubre de 2008 aterriza en Tempelhof el último avión. Situado en el ecuador de Berlín, después de ochenta años en funcionamiento, el mítico aeropuerto debe cerrar. Su clausura, transmitida en directo por *Guten Morgen Berlin!*, el programa más visto de la televisión alemana, transformará para siempre a los que conforman esta novela coral y nómada, pues desde el latido de la memoria, el desconcierto, la pérdida y la redención se sienten unidos a él. Tal vez todos lo estemos. Porque Tempelhof desaparece en silencio, como todo lo que alguna vez se ama en la vida.

# TEMPELHOF

MARÍA LILLO FELIS



## TEMPELHOF

(fragmento)

Próximos a la terminal descansaban varios aviones, silenciosos y enormes como las ballenas jorobadas que en más de una ocasión habían amanecido varadas en la playa. A Santiago esos hallazgos le entristecían muchísimo; siempre pensaba que se podían evitar, pues no se producían por vejez o por enfermedad, sino porque se desorientaban y perdían el rastro del grupo. Luego todo era nadar sin rumbo durante días y más días, y rendirse. Rendirse y morir solas en cualquier rincón del mundo. María Eugenia se preguntó cuál de entre todos esos aviones sería el suyo y corrió por la zona señalada de la pista hacia el interior del edificio. Deseaba con toda su alma estar de una vez por todas con el cinturón abrochado, en el avión con destino Bogotá. Luego Madrid. Finalmente el aeropuerto de Tempelhof. Que significaba Santiago. Santiago y ella. Santiago y ella en Berlín. Aunque tanto le daba que fuera allí o en cualquier otra parte. Todavía faltaban treinta y siete horas para que se reencontrasen, pero qué eran en comparación con los dos años que llevaban aguardando y que se habían prolongado en tres y, cuando ya parecía imposible resistir más, en cuatro. María Eugenia se sentía tan cerca de su marido que lo sufrido se había ovillado ahora en un rincón de su memoria y, más que en cómo sería el reencuentro, pensaba en

que, paradójicamente, desde el día de su marcha su amor por él no había hecho otra cosa que expandirse. Vuelo AV3459. Hora de salida 03:10. Puerta de embarque B15. María Eugenia anotó los datos en un papel que guardaba en el bolsito bordado que le colgaba del cuello, y dio media vuelta en dirección a la puerta automática por la que había accedido desde la pista a la terminal. En el camino tan sólo se cruzó con una pareja; ella empujaba un carro con un bebé dormido; él, una silla de ruedas con una niña de la edad de su Magali. De pronto percibió que algo no marchaba bien. Se detuvo. Extrajo un sobre del bolsito. El sobre que contenía las instrucciones de Santiago. Todo lo que debía hacer, punto por punto, paso a paso. Sin detenerse empezó a leerlas. ¿Cuántas veces lo habría hecho ya? *«Vuelo número uno: de Quito a Guayaquil. [...] Llegada a Guayaquil. Te apeas del avión. Sigues el indicador de salida. O más sencillo: sigue a la gente. Entra en el edificio. Busca una pantalla. Fijate en el número de vuelo y en el destino. Mira la hora a la que despega el avión. Mira la puerta de embarque por la cual montarás en el avión. Fijate en los carteles que penden del techo. Seguro que figuran los nombres de las puertas, seguidos de una flecha. Ve en esa dirección. Es muy sencillo. Pregunta a la gente, si tienes dudas. Ves asientos y un mostrador. Estás frente a la puerta [...]»*. Estaba frente a la puerta. Pero de ningún modo podía ser esa. Quiso retroceder, pero el pasillo se oscureció y estrechó al tiempo que su cerebro se bloqueaba. *«Estás frente a la puerta. Fijate en la pantalla que hay cerca del mostrador. Comprueba de nuevo el número de vuelo, la hora de salida y el destino. No te impacientes. Un empleado del aeropuerto llegará al mostrador. Dirá que los pasajeros ya pueden embarcar. Ponte en la línea. Tendrás que mostrarles el boleto de avión. Lo romperán, lo tacharán con un bolígrafo o comprobarán con un aparato. No te preocupes. Ve hasta el avión. Busca tu asiento. Guarda tus cosas en el portaequipajes.*

*Siéntate. Abróchate el cinturón. Ya falta menos*». Tenía que hacer todo aquello y ya eran las doce pasadas. No iba a darle tiempo. A quién podía preguntar si no había nadie. La puerta no se abrió cuando trató de salir. Sobre el dintel, una señal de prohibido. Se apoyó en la pared. Qué tenía que hacer. Los papeles se agitaban entre sus manos. Por qué no podía pensar. Y si no lo lograba. El sonido de látigo de la puerta automática al abrirse. Pasos. Pasos de tacones. El rumor de una voz interrumpido por una risa escandalosa. Ahora podía preguntar. Debía hacerlo. Agachó la cabeza aún más. Apretó los papeles con todas sus fuerzas. Tres pares de zapatos de tacón. Una voz de mujer como recién despertada a la altura de su frente. Al pasar, una serie de pistas ajazminadas. La voz atrapada en la faringe. Silencio. Y luego tacones desacompañados. «Señora. Señora, ¿se siente bien?». María Eugenia alzó la mirada. Los ojos grises de la azafata Lilia, la mujer más hermosa que había visto en su vida. También la menos sonriente. Negó con la cabeza. «¿Quiere que la acompañe a la salida? ¿La esperan? ¿No? Dígame pues adónde se dirige». La recién llegada revisó el billete y asintió, profesional. Cuando ojeó el resto de los papeles, su expresión se endulzó. «Venga conmigo», le dijo.

[...]

Se levantó y se detuvo frente a la cristalera, apenas unos instantes, antes de alejarse. El último camarero de Tempelhof. Estaba con el último camarero de ese aeropuerto y en lugar de exprimirle y de obtener toda la información posible al respecto, de escuchar sus historias, estaba entreteniéndole con mis anécdotas imbéciles. Tan imbéciles que estaba a punto de empezar a hablarle de ti, de esa

aventura en Panamá, no sé. Por aquel entonces solía hablar de ti siempre que podía. Incluso en el último de vida del aeropuerto. Él, como tantos otros, fingía prestarme atención sólo porque esperaba que al final acabara ofreciéndome. Y no le faltaba razón. Entonces me exponía por sistema a quedar embarazada de hombres peores que tú. Posiblemente el último camarero de Tempelhof se hubiera dado ya cuenta de eso. Un surtido de postres y una conversación agradable. Lo siguiente podría ser perfectamente un güisqui. Otro. Sus enormes manos palpando mi cuello y luego buscando con urgencia el llavero en el pantalón, para abrir la puerta de un apartamento situado en cualquier suburbio de Berlín. Un apartamento desordenado, hueco. Como las palabras que poco a poco habríamos dejado de decirnos. Él pondría todo su empeño en que su pene desentrenado pareciera todo lo contrario. Yo me concentraría en tu cara. En el recuerdo de tus ojos verdes como las cruces de neón de las farmacias. Su barriga. No, tu pelvis. Sus jadeos de perro cansado. Aquello que solías susurrarme. Sus ojos cerrados. Tus ojos abiertos, científicos, grabando.

Una reconquista. La tuya. Como si fuera posible. Si un aeropuerto como Tempelhof desaparecía, no podía existir nada que perdurase. Ni nada que mereciera la pena rescatar.

Más allá del ventanal, un cortejo fúnebre aguardaba frente a la escala de acceso a un pequeño avión de Business Air Charter. Todos hablaban por teléfono móvil. Sobre citas, reuniones, precios al alza, encuentros fortuitos en hoteles, precios a la baja. Esas cosas de las que hablan los hombres de negocios y que no interesan a nadie. Lloviznaba. La puerta se abrió y una azafata pelirroja los saludó e invitó a subir. Uno tras otro. Contuve el aliento hasta que el último hubo desaparecido dentro del búnker alado. Ninguno se detuvo para contemplar la estampa

aeroportuaria y retener la imagen: un lugar que estaba dejando de ser tráfico, estruendo y ebullición de seres humanos. ¿No eran conscientes de lo que se estaba acabando? El personal de pista retiró la escalera y se alejó de allí con el portaequipajes ya vacío. Minutos después el avión viraba, muy despacio, y se posicionaba hacia la pista de más de seis mil pies, dispuesto a encararla y recorrerla, cada vez a más velocidad, hasta despegarse del asfalto y desaparecer en el cielo niquelado de Berlín.

[...]

Ella seguía dormida o desmayada sobre mí, y yo no podía pensar en nada más que en cómo sería cuando abriera los ojos y se encontrara con los míos, con mis ojos de desconocido. Cómo sería cuando su mirada recorriera la sala de estar, en busca de otra cara, la de alguien con quien quizás tenía previsto encontrarse en el aeropuerto, o de una puerta por la que escapar. Deseaba que volviera en sí, pero no allí. No en el taxi. ¿Cómo podría, llegado el caso, argumentar y demostrar que no la había secuestrado? Entonces comprendí que mis explicaciones, «Créame, lo he hecho por usted, porque estaba allí sola, petrificada, y sentí tal tristeza y compasión que», «Me hice cargo de usted, sin que me lo pidiera, porque estaban a punto de llevarla a la oficina de inmigración o a una comisaría», o cualquier otra cosa que añadiera, suponiendo que ella me entendiera, no tenían ni pies ni cabeza. Incluso a mí, al pensarlo en esos términos y hacer una especie de acto de contrición, me resultaba inverosímil. Cuanto más la miraba, peor. Por una parte, al verla tan desvalida sentía que estaba previsto, desde incluso antes de que yo naciera, que el hallazgo de esta mujer supusiera el mayor hito de mi vida. Por otra, el peso de su cabeza en mis manos

era exactamente el de una tragedia. Una tragedia sin nombre que había germinado en el interior de Tempelhof y que yo había arrancado de allí, sin pararme a analizar las causas ni mucho menos las consecuencias. Y ya la tenía conmigo e iba a llevarla a mi casa como quien adopta un niño para sacarlo de la miseria, cuando en realidad el que estaba sumergido en la miseria era yo mismo.

## RODRIGO MÁRQUEZ TIZANO

Reynaldo es, ante todo, bebedor tenaz y adorador de Elvis Presley. Sueña con huir de su propia vida, conocer Graceland y recluirse en Memphis. Luego de una pronunciada temporada alcohólica en la que comienza a perder el pelo, su mujer decide abandonarlo por el baterista de Los Frenéticos, su propia banda de rockabilly, que se disuelve sin remedio. El descenso lo conduce hasta un rodeo en la periferia de la ciudad, donde presta sus servicios como guitarrista a Los Felinos de Monterrey, unos perdedores que se dedican a versionar canciones de los Tigres del Norte y a traficar con cocaína a pequeña escala. Allí conoce a Cielo, una ex vedette de televisión que le propone un jugoso negocio: secuestrar al conductor de un conocido programa para niños y salir, de una vez por todas, de la miseria. Reynaldo, conducido por la enfurecida y frágil lucidez del alcohólico, se enfrentará entonces a sus fantasmas, que se aferran a él y lo custodian durante los cinco días previos al gran golpe.

# LA NOCHE SIN MUROS

RODRIGO MÁRQUEZ TIZANO



## **La noche sin muros**

(fragmento)

-I.

Un gran espejo cuarteado se levantaba al fondo de la habitación. Lo recuerdo bien porque había apenas cosas en el cuarto y porque frente a él pasé largas horas contemplando el galopante avance de mi calvicie. Aquel espejo se convirtió en el único testigo de mi derrumbe. En su superficie sin memoria registraba mañana a mañana la paulatina desbandada de mi juventud. Luego, bajo la regadera, comprobaba mediante un matemático escrutinio de la coladera que mi cráneo tendría, a partir de entonces, propósitos más nobles, como por ejemplo, servir de nido para pájaros pequeños, casi diminutos.

Era un espejo oscurecido y sus márgenes habían sido tomados por un centenar de pecas oxidadas, cien o mil manchas atroces, renuentes a desaparecer. Si fuera un hombre supersticioso me hubiese deshecho de él mucho antes de que el proyectil detonara. Si creyera en la cábala, la suerte y todas esas insensateces a las que se encomiendan los hombres satisfechos, podría al menos depositar mis culpas en los fragmentos de aquel espejo. A veces, cuando cedo al atajo del pensamiento mágico, me convengo de que las señales estuvieron allí a mi plena disposición: era yo quien me negaba a tomarlas en cuenta. Era yo quien se movía a una velocidad rabiosa, quien tenía prisa por

desaparecer sin dejar estela de lo vivido, como una exhalación. Pero la materia oscura del Universo es tan vasta que ni siquiera el brillo unido de todos los cuerpos celestes puede hacerle frente. Así que tenía un espejo de pésima calidad, chino o tepiteño, da igual, en un rincón de la estrecha habitación, gobernándolo todo, reflejando en su turbiedad mis pequeñas posesiones. Lo conseguí a saldo una mañana –¿o era ya de tarde?– en una venta de garaje a dos cuadras de mi departamento. Yo mismo lo llevé cargando hasta el Altona con los brazos extendidos, como en un interminable abrazo. No lo recuerdo con claridad, pero seguro que silbaba mientras recorría de vuelta el camino a casa, porque cuando quiero olvidarme de todo, siempre silbo entre dientes alguna canción del Rey, de preferencia una balada. Yeah I'll hold you in my heart / 'till I can hold you in my arms/ Oh darling please wait for me/ Oh Darling please wait for me. El cristal estaba quebrado desde entonces. Yo también. Aquella era la peor temporada de mi vida, o para ser más exacto, la peor hasta ese momento. Es lo que tienen los descensos: siempre hay un peldaño más por debajo contra el cual estrellar el cráneo. Llevaba más de ocho meses bebiendo sin parar, había pasado casi un año desde que los Frenéticos se disolvieron, y para entonces, las esperanzas de encontrar un baterista que pudiese suplir a Tony con decoro se habían esfumado por completo. A Luisa ni siquiera tenía fuerzas de buscarle sustituta. «Se lo dejo barato, joven, total, mire, a mí ya me dio re mala suerte», me dijo el dueño de la casa mientras contemplaba con angustia el espejo que permanecía detenido contra la pared, con esa telaraña de grietas nacida desde una esquina y desbordada a lo largo de toda la faja reflejante. Él también se había quedado sin blanca. La vivienda de dos pisos, típica de barrio popular defeño, con amplia zotehuela para encarcelar perros, tendedero en la azotea y dos

cajones de estacionamiento en el zaguán, estaba a punto del derrumbe. Una nebulosa de objetos sin valor se apilaba sobre el concreto manchado de aceite para automóvil. No era sólo la pobreza lo que envilecía la casa: estaban también las paredes forradas de hollín, las ramas secas sin posible flor, el moho amenazando cualquier intersección con su soplo húmedo. Una hilera de macetas sin tierra se alineaba frente a la puerta, como una barricada compuesta por soldados caídos, cocidos en barro. Y el olor. A piel muerta. Aquel hombre había comenzado a descomponerse en vida. El remate de sus baratijas, aseguraba, tenía como objetivo pagar las medicinas y los cuidados clínicos de una de sus hijas, enferma de lupus. Su mujer los había abandonado. No tenía trabajo, ni seguridad social. Si sé todo esto es sólo porque accedí a escucharlo mientras me invitó unas cubas. Al principio, sus hijas nos vigilaban a hurtadillas tras las viejas cortinas de cashmilon que cubrían una de las habitaciones de la planta alta. Luego nos ignoraron. El tiempo y los padecimientos habían hecho estragos sin distinción en sus pequeños rostros. Salvo por los brotes que hendían el rostro de la afectada, resultaba imposible discernir entre ambas. Lucían enfermas y traslúcidas: a pesar de que la mayor no superaba los trece años, parecía que más de diez siglos de guerra y depravación se habían acumulado en sus trastornadas facciones infantiles. Eran como dos ancianas enanas, mirando impasibles cómo una horda de extraños las despojaba de sus últimas posesiones. Un cocker hecho de cables pelados y con pinta de no haber probado bocado en un par de semanas se restregaba entre las piernas de aquel hombre derrotado, y no supe si interpretar aquel gesto como una incuestionable muestra de afecto a pesar de la adversidad o como la franca recriminación de un ex mejor amigo del género al límite de la inanición. Me pregunté cuánto tiempo

pasaría antes de que se lo sirviera a sus hijas con cebolla, jitomate y papas. Pasamos un largo rato en silencio, bebiendo, con los ojos fijos en las estalactitas del hielo que se quebraban con el paso de los minutos. Sin previo aviso, rompió a llorar. Soporté sus lágrimas y sus quejidos, pero en cuanto el ron se terminó, del mismo modo llegó a su fin mi empatía. Confieso haber hundido la cuña un poco más de lo debido: luego de regatearle diez pesos, salí con el espejo en brazos. No necesitaba la mala suerte de alguien más, pero sí necesitaba un espejo; tenía la cara hecha una desgracia. Luego de que Luisa me dejó por segunda vez, había sacado los espejos del departamento, grandes y chicos. Por seguridad. Quizá la decisión iba acompañada de un profundo miedo pero decididamente no tenía nada que ver con la suerte: las estadísticas arrojan datos clarísimos que no admiten procedimientos azarosos. Uno de cada dos suicidas se mira en el espejo antes de tomar la carretera al otro mundo. Es su imagen desgranada la que le otorga los tamaños para interrumpirse de tajo. Vaya ironía. Sobra aclarar que fue por aquellos días que comencé la redacción del Libro de las muertes. No necesitaba un espejo, definitivamente. Me convencí de que no iba a necesitarlos nunca más. Había leído por ahí la historia de un hombre que pasó más de veinte años afeitándose a ciegas porque no podía verse en el espejo sin sentir asco de sí mismo. Pero lo que yo no podía era seguir cortándome, por más aversión que me provocara la imagen hinchada y calva en que se había convertido en mi reflejo. El espejo era feo y corriente, un espejo cualquiera. Tenía una película alrededor, fabricada de un plástico opaco. Ni siquiera poseía alguna floritura de mal gusto que lo hiciera particular. Me sacaba dos palmos de altura y, a una distancia prudente, bastaba para reproducir fielmente los resultados que provocaba en mi imaginación la suma de un espejo gigantesco, una

rubia falsa y aquel apetito indescriptible por la sodomía que desarrollé mientras vivía en ese cuarto y bajo el influjo de esa mujer. También alguna vez, con los hígados descompuestos y embebidos de megalomanía barriobajera, formamos un par de espesas líneas que recorrían la geografía del espejo, de norte a sur. Los sobrantes polvos permanecieron hendidos en las grietas del espejo hasta que un buen día no pude más, los lamí y me corté la lengua. Pero ésa es otra historia. Una historia que por ahora no interesa relatar. Prefiero hablar de la última noche. El recuerdo más nítido que guardo de aquel espejo roto en mil direcciones es el de la noche anterior al golpe. Llovía, y desde aquel confín, el mundo se había reducido a un manchón gris, sin orden, acompasado por el estrepitoso peso del agua contra la ciudad. Era una lluvia sofocante, furiosa. Miraba mi reflejo desquebrajado: las grietas se habían apoderado de un rostro que era todos los rostros. Era a mí a quien veía, era yo aquel hombre que empuñaba el arma, eso es seguro, pero no podía reconocerme. Ninguna de mis facciones me parecía familiar. Es más, puedo asegurar que aquel rostro no poseía elemento alguno que permitiera reconocerlo. Estaban ahí los ojos, la boca, el cartílago pendular que alguna vez fue nariz, la interminable frente que se erguía sobre las cejas estriadas, y sin embargo, en su conjunto parecía el ausente rostro de un montón de piedras apiladas. Bastaba con que cerrara los ojos para olvidar el semblante que ondulaba frente a mí. Las líneas de expresión se habían convertido en diagonales ajenas a la carne y cada uno de mis poros constituía, en unión inquebrantable, una cuadrícula en blanco. Mi rostro se había transformado en una máscara mortuoria, pero hasta uno de esos falsos rostros de escayola hubiese tenido más vitalidad que aquel borrón delineado en el espejo. Alguien había colocado sobre mis hombros la cabeza de un crustáceo extraño.

Un percebe –la dilatación de su cuerpo como una mínima pata de elefante– asido al cuello, alimentándose de las rías de mi sangre. Un percebe y un hombre atraídos por la curva de la intranquilidad. Era una de esas caras imposibles de reproducir, carentes de sustancia. Me pareció entonces que aquel rostro era el de la desesperación. Así lo había imaginado desde siempre, genérico, sin la falsedad de la sangre. Ésa era la verdadera desesperación, la del pánico cincelado en los labios, idénticos a los de una figura de cera. Me había transformado en un ser espeluznante. No pude reconocerme frente al espejo aquella noche, pero ése era yo. Y me gustaba lo que veía.

0.

Fui la desesperación aquella noche y también al día siguiente y el que vino después. Luego todo terminó. Me acobardé. Volví a ser el conejo asustado al que el mundo, en su largo bostezo, estaba acostumbrado. Y después de haberla paladeado, yo extrañaba esa desesperación, esa urgencia no encolerizada. Porque estoy convencido de que si un hombre pudiera conservar la desesperación toda la vida, sería inmortal.

# ALEJANDRO MORELLÓN

Tierravarada es lugar de silencio y vacío. Un pueblo desierto en el que nada se mueve, a no ser los pasos inciertos de un hombre que acaba de llegar. Muy pronto, después de explorar todos esos espacios, irá encontrando a los otros: decenas de personas sumidas en un trance que les fuerza a repetir incesantemente el mismo gesto. Autómatas en vida. Con el paso de los días irán apareciendo más y más. Algo desconocido le vincula al pueblo y a sus extraños habitantes. Sólo tiene que descubrir qué.

# TIERRAVARADA

ALEJANDRO MORELLÓN



## TIERRAVARADA (fragmento)

Donde más temo las apariciones es dentro de las casas. Lo primero que hago al entrar es permanecer quieto en el umbral de la puerta, agudizando el oído por si se escucha algo dentro. A veces se oyen pasos, otras el lavar de ollas o las teclas de un piano, entonces sé que hay alguien y avanzo cauteloso, a paso lento, hasta que ubico el ruido y a la persona. Casi siempre me impresiona ver a uno nuevo. No creo que llegue a estar preparado para los encuentros. Cuando peor lo paso, sin embargo, es con los que no hacen ruido. Aparecen sin preaviso, al doblar una pared o abrir una puerta.

Esta tarde he entrado en una de las calles de más arriba del pueblo, por donde busco ahora. No se escuchaba nada, la puerta estaba cerrada pero forzarla ha sido cosa de poco tiempo. Con la práctica es algo que se me ha vuelto fácil de hacer. El piso parecía vacío. Caminando en silencio he ido con fingida seguridad a las habitaciones. En una de ellas al abrir la puerta he notado que hacía tope con algo y por la ranura que quedaba entre la puerta y la pared he metido la cabeza para ver dentro. Lo he visto de golpe; una cara de hombre, de ojos muy abiertos, cerca de donde yo tenía los míos. Casi a un palmo de distancia de la puerta. Por poco no he perdido el equilibrio. He cerrado de golpe con furia, asustado, siguiendo luego con el resto de las habitaciones. Cosas así me suceden todos los días, pero debo seguir buscando. En una de las casas estarán ellos, eso me da algo de ánimo.

\*\*\*

—Lo primero que hacía era exactamente eso: cerrar los ojos para verlo todo negro, buscar la ausencia de luz y de imagen. Luego notaba unos dedos atrás, apoyándose serenos en mi hombro. Pensaba, en los pocos instantes que sucedían hasta que me giraba, en todas las variables. La mano negra y arrugada de la anciana, asiendo aún la escoba, esperando detrás; o el niño del columpio, cuyo brazo apenas alcanzaba a mi espalda; o el cura de la ermita, mirándome con el rostro complacido, con una mirada que indicase «al fin libres». Incluso llegué a tener la imagen macabra e impactante del chico, cubierta de polvo toda la cara, diciéndome también con los ojos «te perdono». Entonces me giraba, entornando la vista para que se acostumbrara a la luz. Eran ellos. Allí, tan lejos. Me habían seguido. Con extraordinaria templaza, y conservando sus caras de antes, me levantaban de la mecedora cogiéndome de la mano, mientras yo los miraba atónito. «No puede ser», me repetía.

El techo del cuarto se oscureció a media tarde. Cuando hubo acabado de hablar se levantó para encender la lámpara de pie. Luego miró al doctor.

«¿Quiénes son ellos?»

—Son mi vida de antes.

Se volvió a recostar en la otomana, removiéndose. Dudaba.

«¿Crees que estamos avanzando?»

—No lo sé, yo no soy el psiquiatra.

«Yo no voy a decirte nada».

—¿Y usted qué hace?

«Yo escucho y pregunto».

—¿Y cómo sabe qué preguntarme?

«Por ejemplo, ahora mismo sé sobre qué no preguntarte: sobre la sangre y sobre ellos».

—¿Usted cree que el pueblo es real?

«Eso no importa. Lo que importa es lo que tú creas. No has venido aquí a convencerme de nada. Necesitas hablarlo, a otra persona. Da igual que esa persona sea yo o cualquier otro».

—Sí, está claro.

Se calló.

«¿Quieres continuar con esto?»

—Tierravarada es cierta, lo que me sucedió también lo es. Continuaré con esto. Quiero seguir.

«¿Por dónde quieres continuar?»

—No lo sé.

«¿Quieres hablarme de la sangre?»

La palabra le dolió, le dio vueltas la cabeza e hizo que tuviera ganas de devolver.

—Tenía curiosidad. Quería saber. Usted no lo entiende, todo el tiempo allí, en un lugar vacío y lleno a la vez, pero ajeno a todo. Sin nadie que me respondiera. Quería que alguien me oyese. Necesitaba una respuesta.

«¿De quién era?»

—No soy un hombre frío, ¿me entiende? Pero ahora ya apenas siento algo.

Se volvió, sacando la cabeza por entre los cojines. El doctor seguía impassible, tenía esos mismos ojos. Entonces lo dijo.

—La sangre era del muchacho.

\*\*\*

No quedan apenas latas de conserva, cada vez hay menos comida aprovechable en las casas. El pan pasó a ser incomible hace tiempo y los días van haciéndose más largos. Debemos estar a primeros de verano. He visto esta mañana una bandada de pájaros deslizarse a lo lejos por la pantalla azul del cielo, pero no se acercaban al pueblo. No

hay animales aquí salvo los ya muertos, o lo que queda de sus huesos. He seguido el camino principal, más allá de las últimas casas. Llevaba el rifle. Andando alrededor de una hora no he visto más que helechos y matojos, cardos borriqueros, calaveras y osamentas de lagartos. Los pájaros parecían rehuir mi paso a medida que me acercaba, así que no he podido verlos de cerca, y he sido incapaz de alcanzarles un tiro desde tan lejos. Me he puesto de cuclillas observando el límite del pueblo. ¿Dónde estaba ese límite? No lo he sabido. Miraba al horizonte, a la línea lejana y casi imperceptible que separa la tierra de lo que no lo es. Supongo que estará por allí, me he dicho. He vuelto a la casa, volveré a comer alubias esta noche, sólo media lata.

Solía jugar a esconderme cuando era niño. Desaparecer de la vista de todos o hacer que los demás desaparecieran de la mía. Mi padre se enfadaba cuando tenía que buscarme por todas partes para que el resto no se preocupara. Ahora pienso que se han invertido las posiciones. Soy yo el que busca. ¿Dónde os habéis escondido pequeños renacuajos?, puedo decir yo ahora con la voz de mi padre, que me hacía reír en silencio, en la penumbra de mi refugio. ¿Dónde estará vuestro escondite?

Estuve esta mañana en la mecedora. Desde allí contemplo los árboles y el vasto cielo; la vista del camino me reconforta. A veces miro a mi izquierda y veo el coche a la entrada del camino, donde lo dejé hace no sé cuánto tiempo. Apenas pienso en la vida de antes salvo a veces en la de cuando era niño. Tampoco pienso en volver ahora. Sentarme por la tarde en el porche, escuchar barrer a la anciana y con la vista al camino que da a la salida del pueblo. Ha pasado extrañamente a ser una de esas costumbres que a uno le alegran el rato, como quien queda con gente o pasea cerca de un río.

Algunos días recreo la misma escena: veo a la anciana desmayar las manos y abandonar la escoba e irse. Construyo la imagen nebulosa de cómo se desplaza a pasos arrítmicos, con una inexactitud rotundamente humana, y que el aturdimiento le sacuda los ojos; vuelta a la vida, al aire y a la consciencia, como en un segundo nacimiento. Puedo verla moverse pausadamente, mirarme a mí junto con todas las cosas, como si no estuviese viendo nada en realidad y alejarse por el camino hasta desaparecer del pueblo. La liberación. Volver a no estar solo, hablar.

De todos los días éste ha sido el de más calor. La tierra caliente desprendía un aliento tórrido. Surgiendo del suelo había unas líneas transparentes, ondas de aire que fulguraban y ascendían. El sol, en lo más alto del cielo y empequeñeciendo todas las sombras, amenazaba más temperatura y los maderos de las casas parecían a punto de fundirse en un líquido de astillas y nudos de madera. Era casi imposible salir hoy. He pensado en los niños de al lado del árbol, no había sombra. No sé si sirve de algo pero les he derramado agua fresca en la nuca y sobre la cabeza. Ha sido un acto inútil, creo, aunque puede que me haga sentir mejor. Ignoro hasta qué punto lo habrán notado. Tampoco lo sé del hombre al que quemé el brazo.

Es noche cerrada. De las siete casas que he revisado hoy tres estaban ocupadas. Me pregunto qué ocurrirá cuando se complete el pueblo, que todos los habitantes estén de nuevo en sus puestos y que ya no haya ninguno más por reponer. Algún día se acabará. ¿Entonces qué? Igual volvían a desaparecer. Cuando yo llegué no había nadie. No sé a qué obedece todo esto pero sigo sin nadie. Hasta que los encuentre. Tienen que estar aquí. Si no, ¿por qué estoy yo?

En las otras casas había mantas gruesas, libros y papeles, dos candiles y un libro de mapas de la región, esto me será útil.

Una mujer ha aparecido en el piso de arriba.

La que ya había visto en la foto de la mesilla. Está en el taller, arrastrando un pincel, casi pelado por completo, sobre un tapiz manchado. La encontré al subir la escalera; es blanca de piel, algo más baja que yo, lleva un vestido violeta y el pelo se le recoge en una trenza negra que le cae por la espalda. El rostro impávido es igualmente extraño, pero no demasiado, como si fuese a reaccionar en cualquier momento, no me da miedo ni estoy tenso a su lado. ¿Por qué? ¿Será por que es increíblemente guapa? Quién sabe.

Paso las horas de la noche en la habitación de pintura. La observo a ella mover el brazo, tan mansamente que parece que sobrenada en el aire; de forma reconocible y cercana, como si ya hubiese visto lo mismo. ¿Qué hacía yo antes? ¿Quién era antes de Tierravarada? En realidad nadie, me digo, si no soy capaz ni de recordar cualquiera cosa que sea digna de recordar. No es este vacío lo que me asusta del pueblo, es lo que a través de él no puedo recordar de mi vida anterior. Un campo abierto, gente en oleadas, sin ojos ni boca, estallidos de humo, qué sé yo lo que había antes. Nada recordable, sospecho.

Por la tarde me he obligado a salir. He visto muchos más en el camino, aunque ya no los temo como antes. El pueblo ahora es un conjunto de calles tumultuosas. Se oyen ruidos de toda clase, sonidos cotidianos y familiares. Escuché un violín que debe ser del hijo feo de los Füller, me fijé también en que el molino giraba y que el reloj del ayuntamiento movía las agujas. Debe de haber gente allí.

## HÉCTOR F. PASCUAL ÁLVAREZ

¿Qué conexión hay entre una sinfonía del compositor polaco Henry Górecki y un seminarista argentino que ha perdido la fe; entre una señora de la limpieza que desinfecta quirófanos y un graffiti en una celda de la Gestapo; entre las islas Shetland y un torturador versado en la doctrina de Zoroastro? Las historias entrecruzadas de cinco personajes a lo largo de tres décadas y dos continentes confluyen en *El libro de las visiones* para construir una fábula sobre la música y la crueldad humana, un desgarrador cuento sobre los nombres misteriosos de Dios.

# LIBRO DE LAS VISIONES

HÉCTOR F. PASCUAL ÁLVAREZ



## LIBRO DE LAS VISIONES

(fragmento)

Fueron como gotas tímidas al principio las palabras, como gotas filtrándose trabajosamente a través de algo. Después, el chorro.

Castoldi nos habló de la última vez que se habían visto, de cómo había estado a punto de abandonar el seminario, del encuentro en una ciudad de juguete a orillas de un lago, lejos, más allá del mar, en Europa, a la sombra de los Alpes, al final de aquel *año de reflexión* que le habían impuesto para que pensara en su vocación y en su conducta.

—Al principio la ciudad era como el decorado de una película —dijo Castoldi—. Las calles estaban relimpias, la hierba y los árboles verdes y tupidos que daba gusto, pero de pronto el día salió gris, parecía que hubieran tapado el lago con una lona de plástico y el aire se volvió como el vidrio. Ya no era más el decorado de una película sino un suburbio oxidado y feo a las afueras de alguna otra ciudad.

En Italia había hecho sol, nos dijo. Castoldi había asistido con sacerdotes y jóvenes de su parroquia a las jornadas de la juventud con el Papa, había cantado junto al resto de la delegación argentina la canción que él mismo había compuesto y que Garza Gaona se había apropiado. No me importó mucho, dijo. Aquel viaje puso otras cosas en mi cabeza.

La última noche, mientras todos dormían, Castoldi se encerró en la capilla de la residencia y estuvo rezando hasta la madrugada. En el bolsillo derecho de su pantalón llevaba un trozo de papel de cuadrícula, doblado, y en el papel una dirección garabateada con lápiz.

—Yo ya sabía lo que iba a pasar, en el fondo siempre sabemos lo que va a pasar. El problema es que somos unos cobardes de mierda, unos rajados de mierda somos, y preferimos no ver.

Lo que sí vio Castoldi montado en un tren a la mañana siguiente fueron árboles. Vio pasar campo y aldeas en la distancia, aldeas que cada vez se iban haciendo más grandes y feas hasta que se convertían en ciudades como Arezzo, Parma, Milán, Lugano, pero luego las ciudades desaparecían porque el tren entraba en un túnel muy largo que pasaba por debajo de las montañas. Castoldi se imaginó que el tren era un ladrón de tumbas violando una pirámide o un hombre hundiéndose en una mujer enorme y gigantesca, una mujer de piedra con los cabellos blancos como la nieve que se echaba a reír cuando veía al hombrecito de metal que se deslizaba veloz por su agujero negro y helado.

Cuando llegó a la ciudad se hacía de noche. Para ahorrar decidió dormir en la estación de tren. Se tumbó de lado sobre varios asientos de plástico pero enseguida llegó un vigilante de seguridad y le dijo algo en francés. Castoldi no entendió. El vigilante señaló a un hombre mayor que cabeceaba en otro asiento. Tumbado no. Sentado sí.

No fui capaz de dormir en toda la noche, dijo. Cuando empezó a clarear fui hasta los baños de la estación, donde me lavé los dientes. Después compré café y salí a la calle. Saqué del bolsillo el papel cuadriculado y me acerqué a un taxista. Veinte minutos más tarde estaba ante la casa.

La casa era de dos plantas, con paredes de piedra arropadas por una enredadera, tejado a dos aguas y un pequeño jardín con macizos de flores y juguetes que alguien había olvidado recoger. Estaba en una zona residencial a las afueras de la ciudad, en la linde del campo: el suburbio del suburbio que ahora volvía a parecer cosa de juguete.

No había timbre, por lo que Castoldi golpeó con los nudillos. Esperó. Dentro de la casa reinaba el silencio. Esperó de nuevo, pegó la oreja a la puerta, volvió a llamar. Parecía que al tiempo le habían crecido púas.

¿Seguirán sus lunares en su sitio, justo donde yo los dejé?, me pregunté cuando pasó el escalofrío. Porque por fin abrió la puerta y vi asomar entonces la herida antigua en sus ojos, y cuando me enfrenté con su mirada sentí que la sangre se me estiraba como una cuerda que va a romperse. Yo no quería, pero empezó el tembleque en el borde del ojo, un bicho volador atrapado bajo la piel, pugnando por salir. Vi que ella se derrumbaba en el escalón frente a la puerta. ¿Estás bien?, le pregunté. Sí... estoy bien, dijo ella y ahora parecía sonreír frágilmente. Entonces fue cuando pensé en sus lunares, quise saber si seguían en su sitio, si marcaban el territorio como antaño, pero el pensamiento se deshizo de golpe cuando escuché su voz que decía: ¿Cómo hacés esto, Fabián? ¿Cómo te presentás así sin avisar, como un fantasma?

Eso parecíamos, dijo Castoldi: dos fantasmas recorriendo el suburbio oxidado. A veces se paraban en medio de la acera, se miraban a los ojos con miedo o con tristeza y se abrazaban. Cuando cruzaron

el parque que había junto al lago comenzó a caer una lluvia liviana, repetitiva, como un humo helado, y se refugiaron en un café. Ella le habló de los niños a los que cuidaba. La pequeña, Chloé, tenía cuatro años; Gerard, siete. El padre trabajaba para un laboratorio farmacéutico y la madre hacía diseños para una empresa, tenía el estudio en casa. Me tratan bien, dijo ella con un calambre en la voz, pero a veces siento ganas de partirle la cara al niño... y a la madre. ¿Cuándo te regresás?, dijo Castoldi. Acá termino en octubre pero me apetece viajar, conocer Londres y París, quizás Berlín o Atenas, no lo tengo seguro, depende de la plata. ¿Y a vos cómo te va en el seminario?

Cuando paró la lluvia, ella lo llevó hasta otro parque. Te quiero enseñar algo, dijo. Había mucha hierba y muchos árboles y una buganvilla colgaba del muro de la entrada. Al ver las lápidas Castoldi se dio cuenta de que no era un parque donde estaban sino un cementerio, pero era un cementerio sereno y despejado, sin nichos ni panteones, tan sólo lápidas junto a pequeños montículos de tierra removida, lápidas dispersas, clavadas al azar en la hierba como pastillas de jabón.

Caminaban por uno de los senderos de tierra mojada, y ella arrastraba los pies. Hacía el ruido de alguien pisando huevas de hormiga. A Castoldi siempre le había irritado esa forma de andar suya, ese paso desganado de niño al que obligan a salir al encerado. Como burlándose de su irritación, el sonido se hizo más fuerte y largo y una mujer los adelantó haciendo rodar a su lado una bicicleta. Qué extraño, pensó, un cementerio por el que pasean dos argentinos incapaces de mirarse a los ojos y una mujer arrastrando una bicicleta...

De pronto ella paró en seco y señaló el nombre de una lápida.

Castoldi miró hacia donde le apuntaba el índice y ella no tuvo más remedio que sonreír al ver la cara con la que Castoldi miraba

el nombre y la miraba a ella, alternativamente, dudando y volviendo a mirar. Una cara encendida por la sorpresa la cara de Castoldi, una cara golpeada por el viento que arrojaba sus esquirlas de vidrio por la ciudad de juguete.

La lápida era un mazacote de piedra grisácea, de forma irregular y sin pulir, con el nombre del escritor cincelado en la parte superior. En el centro, bajo el nombre, había un círculo y en su interior siete figuras labradas toscamente, de perfil, siete hombrecillos apelotonados de izquierda a derecha que enarbolaban sobre sus cabezas mazas, o hachas, o espadas rotas. Bajo el círculo había una inscripción en una lengua extraña y debajo de la inscripción, casi a ras de la tierra, se podía ver una pequeña cruz de Gales junto a la fecha de nacimiento y muerte del escritor.

Me fijé en los hombrecillos encerrados en el orbe, comentó Castoldi. El tallado primitivo les daba aspecto de tortugas bípedas o de criaturas de otro mundo: fuertes, épicas, frugales. Me dio por pensar que eran guerreros a punto de entrar en una batalla que sabían de antemano perdida, un pelotón suicida repechando la ladera de un cerro tras el cual les espera la aniquilación y el heroísmo, el entrechocar de metales, los alaridos ahogados en sangre, y también la frase misteriosa, la frase indescifrable como una puerta al otro mundo que ella estaba pronunciando en ese momento, agachada junto a la lápida para leerla mejor. Todavía la recuerdo: *And ne forhtedon ná...*

Al verla así, con los ojos entornados, con la cabeza ligeramente ladeada como siempre que se concentraba, encogida frente a la tumba del escritor que ambos amábamos por encima de casi todas las cosas, sentí ganas de arrojarla sobre la hierba mojada y arrancarle la ropa,

ganas de morderle el cuello y cubrir sus ojos y su rostro de besos y caricias, y agarrarla por las caderas, y meterme sus pezones en la boca, y también ganas de golpearla y arañarla con rabia mientras me perdía en el calor de sus piernas... pero sentí de pronto que el filo de una espada se interponía entre los dos, supe que era incapaz de tocarla, ahora o después, incluso si se daba la ocasión y ella insinuaba algo, incluso si pasaban los años y los siglos y me olvidaba de Dios y la decencia, pues era demasiado tarde, demasiado tarde para todos: el filo de una espada.

# MARÍA SEVILLA

Todos tenemos un abismo, una fisura apenas perceptible por la que nos romperíamos sin remedio. Ese es el origen de todo lo que vino después. Tres personajes, cada uno perdido en su propia soledad y en las emociones que se van enquistando y mutando en otra cosa. El universo de la música, de la ausencia de música, de la necesidad de música. Del sacrificio y la frustración, de la incomunicación y la incomprensión. Esta es una novela que se construye desde el miedo y la fascinación hacia esa parte de nosotros que en algún momento todos hemos vislumbrado en el espejo: la más oscura.

# EL ABISMO

MARÍA SEVILLA



EL ABISMO  
(fragmento)

*La mujer en el espejo tiene marcas en los brazos. Dedos que aprietan, dentelladas. Recuerdos en forma de pequeños cortes que conforman esa especie de mapa personal e intransferible. Delimitación exacta del lugar en el que termina lo conocido y empieza aquello, lo otro. La mujer en el espejo repasa todos esos relieves con la punta de mis dedos. Para que yo también sepa, para que yo también sienta. La mujer en el espejo me grita que la herida es la única forma de no olvidar, de permanecer humana. Ella clava mis uñas en el foco de su dolor. Pide que sea consciente del mío. Y yo, confundida, me afo en lamer cada uno de sus intentos desesperados, en repasar una y otra y otra vez la línea de sus imprecisos contornos. Extraña generosidad.*

[...]

Hay una vacilación apenas perceptible, un gesto revestido de informalidad que se sale de lo establecido. Ricardo se apoya en el piano antes de sentarse y mira hacia el público, o lo que se supone que es el público y que sólo se le hace una marea negra y palpitante. Ya se ha acallado la bienvenida en el teatro y todos esperan ahora que se produzca el efecto. Se acomodan en los sitios, descruzan las piernas y

entrebren la boca dispuestos a recibir como lactantes impacientes. Si acaso alguna tos imprudente, el crepitar de los programas ya bastante manoseados.

Él baja la cabeza y se recoloca el cuello de la camisa. Se toma su tiempo. Alguien entre esa masa oscura y viva aprieta un puño hasta perder la sensibilidad, impasible ante el dolor de las uñas clavadas en la carne. Lleva un vestido de color amenazante. El pianista, de no ser cegado por los focos que apuntan directos hacia él, vería sin duda esa mancha roja y fuera de todo lugar.

Se sienta en la banqueta, arquea la espalda, pasa una mano por el teclado y mira al director. Nadie parece percibir nada extraordinario. Ricardo asiente, el director asiente también y, con un amago de sonrisa, se pone en guardia. Toda la plantilla concentra la mirada en ese gesto, se tensan los músculos, los instrumentos de cuerda se acomodan cada uno en el hueco que corresponde. Los diafragmas se comprimen a la orden.

Primer acorde. La orquesta abre sus fauces y ruge. El pianista coge aire y se repliega sobre el piano extrayendo y desmenuzando la *cadenza* que es como un torrente de palabras cristalinas. Hace calor. Todos contienen la respiración por una especie de miedo irracional a que algo se rompa.

Al principio es un desajuste mínimo. Ni el director se percata de lo que es sin duda una diligencia caprichosa, un regodeo totalmente legítimo del *ad limitum* beethoveniano que hace del pianista coronador y coronado desde el primer instante del concierto.

Erico Meier, con su planta elegante y controvertida medida, da la entrada al segundo acorde y cruza las manos sobre el pecho tras cortar el sonido con un ágil giro de muñeca. Y de nuevo el monólogo que

asciende, clarividente. Pero esta vez el director mira de reojo al solista e incluso no puede evitar que la alarma que ha saltado, de repente, le haga ladear un poco la cabeza. El torrente se espesa, Ricardo tiene la frente cubierta de un sudor a todas luces prematuro e inexplicable. Se hace tan denso el discurso que parece una súplica asmática. Al violín primero en papel de concertino que está, por derecho, más cerca del pianista, se le tensan los músculos de la nuca. Meier siente como si la tarima se moviese bajo sus pies pero se relaja al instante porque el solista consigue recomponer lo que sea que se haya desbaratado.

Tercer acorde. El pianista asciende de nuevo con esfuerzo más que aparente. Y al llegar al remanso de paz o de inquietante espera, toma aire de una forma perfectamente audible incluso en los sitios más alejados del escenario. La muñeca de Ricardo que no cede. Los dedos de Ricardo como fracturados todos de golpe. Las sienas de Ricardo bombeando sangre solidificada. El trino que debiera fluir se estanca en un crujir de teclas irregular y metálico y por eso lo acorta, confuso. La progresión se convierte en algo tan inconcebible que el director, en un acto reflejo, abre la mano y deja caer la batuta. Erico Meier con los brazos colgando es la viva imagen de la angustia. Todos los cuerpos se han separado unos centímetros considerables de sus correspondientes asientos, las bocas se han desencajado en un gesto común que nadie advierte en medio de la oscuridad del patio de butacas. Alguno que otro le aprieta el brazo al vecino, alguien mucho más osado deja escapar un *pero qué...*

Los tres acordes finales de la *cadenza* del piano como puntos suspensivos, como tres palabras de socorro casi inaudibles, la una más leve que la otra y la última apenas perceptible. Como una llama que se extingue.

El director no mueve un músculo, todos sus miembros han quedado paralizados. La batuta permanece en el suelo y los músicos, que han perdido por ello toda referencia, quedan a la deriva.

Ricardo, ajeno, no levanta la vista del teclado. Mira sus manos desobedientes. Sólo en esos tres acordes últimos, concebidos paradójicamente como principio de todo, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

La masa orquestal, descompuesta ahora en una heterogeneidad de individuos desconcertados, se debate entre seguir el curso de los acontecimientos o actuar con vehemencia. Suplican con los ojos al director una señal que les marque el camino, como un rebaño sin cabeza cuyo pastor ha sido tiroteado. Pero el director está ausente y la batuta yace en el suelo. En el último momento, en el espacio eterno que antecede al acorde final, Erico Meier parece vislumbrar un atisbo de esperanza. Por eso, receloso, sube los brazos y prepara la entrada del tema principal a cargo de la orquesta. Pero los músicos desconfían, la inseguridad y el desconcierto se comprimen en una duda infinitesimal sobre atacar o no, diferentes cruces de miradas acotan el espacio en el que parece haberse agotado el oxígeno de repente. Las manos desnudas del director y sus brazos tensos y desequilibrados no ofrecen garantía alguna de continuidad, ningún atisbo de salvación posible.

Lo único que queda constatado para todos los presentes es el rictus indescriptible de Ricardo Arrieta atravesado por un rayo invisible que le ha partido el pecho en dos, porque no puede haber explicación más lógica.

De repente, cuando el director da una entrada en la que pone esa última esperanza blanda e inconsistente, la orquesta entra descarriada porque no alcanza a liberarse de la conmoción y el

desatino. Las cuerdas, en descoordinación total, lanzan una exclamación que queda como un grito ahogado porque justo en ese momento el pianista se derrumba inconsciente sobre el teclado. Los ecos de las teclas golpeadas o golpeadoras quedan flotando en una especie de calderón interminable.

El emperador ha sido destronado aún antes de ejercer derecho alguno. El patíbulo se perfila, ahora sí, sobre las cabezas confiadas. Ahora todos despegados del asiento ven la sombra de la tragedia, el cuerpo de la tragedia que, iluminado por los focos, crea un efecto tal que nadie consigue despegar la vista ante semejante espectáculo. La tragedia misma se ha hecho carne, sonido interrumpido.

Un hilo de sangre gotea hasta el suelo del escenario desde la ceja del pianista, se espesa, se hace tan abundante como el vestido premonitorio que, en el centro del patio de butacas, se ha doblado sobre sí mismo en un gesto de inconmensurable dolor. Nadie advierte que de la mano de la mujer que habita dentro del vestido han brotado también algunas gotas de sangre. La carne desgarrada ha quedado entre las uñas.

Entonces sí se rompe el hechizo reinante y comienzan los gritos y el movimiento. Los instrumentos dejados de cualquier manera sobre el suelo del escenario. *Que alguien avise a una ambulancia. Tiene que haber algún médico en el teatro. Por favor, calma, calma.* El director, en la tarima, sigue como embalsamado. Alguien que aparece de repente aflojándose la corbata, quitándose la americana y subiéndose los puños de la camisa, que se acerca y toma al pianista entre sus brazos para tumbarlo en el suelo y valorar la situación.

Los asistentes que se niegan, arremolinados, a abandonar el edificio a pesar de las palabras del empresario que ha subido al

escenario pálido y derrotado para invitar al desalojo. Demasiado espectáculo. Todos comentan lo que acaba de suceder en los instantes previos sin perder de vista lo que ocurre en escena. *Qué horror.* Alguna que otra señora sufre un mareo por la impresión. Los hombres van de aquí para allá en medio de empujones e intercambios de incoherencias tales como la posibilidad de un ataque terrorista o un crimen pasional. Alguien afirma haber escuchado un disparo. Todos, de repente, han escuchado el posible disparo. Una lipotimia, dice una señora embutida en un abrigo de piel de astracán a la que el maquillaje excesivo le cae a chorros por el sudor y el sofoco.

Y en medio de tal despropósito de idas y venidas nadie parece percatarse de que el vestido rojo sigue doblado en dos.

Ni tan siquiera su acompañante, el hombre alto y moreno sentado a su derecha, ha reparado en el ejercicio contorsionista al que Soledad se ha visto sometida desde que cayera el pianista. El hombre moreno ha saltado la distancia que los separa del foco de la tragedia gritando *mi hermano, es mi hermano.*

## SALVADOR J. TAMAYO

«¿Recuerdas a Giulia Dadá?». Así comienza esta novela, en la que la pérdida de una mujer hace que Marcos Figueras decida dejar su vida en Italia y comenzar un viaje iniciático que le lleva a la habitación 1017 del Hotel Felina, en América Latina. Un mural pintado en la pared de un hospital psiquiátrico en las afueras de Florencia es el punto que le une a Víctor Bueno, escritor exiliado del Chile de Pinochet. Ambos son el reflejo de generaciones descarnadas, desencantadas, desarraigadas y de algún modo envidiadas por nihilistas desesperados que se encuentran a sí mismos, al estirar hasta la fractura, en los límites que componen su propia concepción de la nada.

# PERROS EN SANTIAGO

SALVADOR J. TAMAYO



## PERROS EN SANTIAGO

(fragmento)

¿Recuerdas a Giulia Dadá, podrías recordar cómo olía su pelo, sus manos, su cuello? No lo recuerdas. No lo recuerdas porque no soy capaz de recordarlo.

Echaba de menos a Giulia Dadá. Echaba de menos verla dormir, sentirla respirar, notar sus pies cada una de las dieciséis veces que se giraba a lo largo de una noche en la cama. En nuestra cama. Echaba de menos mezclar mis libros con los suyos, beber café juntos. Beber vino juntos y sentir cómo se desnudaba, casi siempre muy despacio. Ver cómo se desnudaba sin quitarse la ropa y cómo se quitaba la ropa sin desnudarse, cómo me dejaba que la escribiera, que tomara apuntes, sentado frente a ella, cerca de la cama pero no demasiado cerca, que pusiéramos a Django y quisiéramos ser un poco más gitanos, y más gatos, aunque Giulia era ya bastante gata. Sentir el peso de la máquina de escribir sobre mis piernas. Colocar un papel en el carro y comenzar a teclear, a crear un jeroglífico sin sentido en un idioma inventado que no llevara a otro lugar que no fuera nuestro propio estómago, a nuestras propias náuseas, y continuar escribiéndola, y negarla hasta diez veces, porque eran sus no tacones la primera palabra, y seguía por sus piernas hasta que el sonido de las teclas se hacía poco a poco

más frenético. Giulia se dejaba guiar. Sabía cuándo y cómo continuar porque llegamos a ser la misma cosa. Llegué a tener cientos de papeles desperdigados por el suelo en los que la escribía. Doble de mí mismo. Marcos Figueras. Deseándola por una razón tan sencilla que incluso alguien como ella era capaz de entender, seguir haciéndole daño para continuar escribiéndola, para continuar sintiéndome vivo. Cada lágrima, cada arañazo, cada insulto, era una bofetada que me despertaba de un letargo continuo del que sólo era capaz de salir cuando las entrañas de Giulia sangraban.

Los dos sabíamos que la necesitaba. Necesitaba ver cómo abría sus piernas, cómo abría su coño y me dejara observarla, sin dejar de teclear, sin dejar de mirarla, confundirme hasta ver cómo en su cuerpo empezaban a aparecer tatuadas minúsculas letras. Me miraba, y la miraba y respiraba más fuerte, cada vez más fuerte, más desnuda, más silvestre, nos volvíamos desde dentro hacia fuera para entendernos, aunque rara vez lo hicimos. Y una vez más la *petite mort*, el inminente orgasmo, ver cómo se hinchaban sus labios, sus mejillas, sus pechos y el sentirla sin tocarla, y parar de escribir para contemplar tan sagrado momento, y siempre la eterna duda de si ésta sería la vez que explotaría y me llenaría la casa, los libros, los discos y mis papeles, de sudor, sexo y algo de alma. La chica eléctrica. La buscaba sin querer, incluso a veces con miedo a encontrármela, a verla escondida detrás de algún coche, esperando que me diera un susto. Esperaba verla maquillándose en el reflejo de algún cristal sucio. Pintándose los ojos, nunca los labios, fumando un cigarrillo cerca de la vieja estación de tren abandonada, en La Cascine, y volver a casa en su bicicleta robada, que también era la mía. Echaba de menos la fuerza con la que botaban sus pechos cuando rodaba por Florencia en

bicicleta. Su risa. Los días en vela y las noches de literatura en las que la escribía y luego nos reventábamos a puñetazos creyendo ser lo que nunca fuimos. Y de nuevo pasear por las lujosas favelas toscanas con escalones del mármol apolillado por los años. Ir quizás a rezar a Santa Croce y esperar que entre sus tumbas alguien me susurrara dónde estaba. Fuera, en la enorme plaza de la iglesia, entre botellas vacías y alguna rata. Mirar a los ojos del poeta, y que la fría piedra de la estatua de Dante me dijera cómo encontrarla.

Llevaba semanas sin saber nada de Giulia Dadá. Casi todos sus libros y su ropa siguen en mi dormitorio. Vivíamos en algún número par de Borgo San Freudiano, el cuatro o el seis. En Oltrarno. Al otro lado del río en donde a la ciudad eterna, que no es Roma sino Florencia, se le comienzan a romper las medias. Compartíamos casa con siete plantas repartidas por la cocina y el pasillo. Compartíamos casa con Carver, un gato que entró una vez por la ventana y jamás se quiso marchar. Compartíamos casa con un colchón tirado en el suelo donde siempre follábamos, aun cuando dormíamos, y con un sillón en el que Giulia se sentaba a beber café y a insultarme.

Tardé en enamorarme de ella. No hay que confundir amor con estética, es más importante la estética, sin duda. La estética de los olores. La estética de los sentidos. La estética de las sensaciones. Podría decir que lo que he sentido por Giulia siempre ha sido un impulso estético. No me gustaban sus labios, me gustaba la forma en la que sus labios eran el medio a través del cual hablaba con la vida, con el alma y con la esencia de las cosas. El objeto se convierte en el medio para llegar a la pura consecuencia. A la puta consecuencia. Me gustaba cómo me veía, la forma en la que me veía a mí mismo a su lado, la forma de mi figura cuando estaba con Giulia. Cuando paseaba

con ella de vuelta a casa por la noche y fumaba un cigarrillo, sabía que mi sombra en el suelo proyectaría la punta del cigarro. Todo estaba oscuro, mi silueta estaba oscura, experimentando el vacío de una forma nueva, amada, admirada y triste, siempre triste. Lo único verdadero de aquello era lo aparentemente irreal, la colilla encendida en la boca de mi sombra que se movía desde el suelo hacia algún muro, o desaparecía en algunos momentos desorientada, cuando la alteraba la cambiante dirección de la luz. Solía hablarme mientras dormía, jamás le hice caso, creo que una vez oí alguna palabra aislada y al despertar me encontré su enorme sonrisa a juego con sus ojos de luna rota mirándome. Sabía que todas las noches me decía todo lo que no se atrevía cuando estaba despierto. Por alguna razón llegué a pensar que intentaba manipular mi subconsciente como una sirena violada que atrae con su canto a los marinos hacia las rocas. En esta historia Giulia era de todos menos sirena, quizás fuera canto. Sus palabras eran acordes rotos con la misma relación de armonía que la que tienen una bala y un vaso de leche. Giulia era literatura, era la puta literatura con miles de faltas de ortografía. No podía dejar de pensar en ella. Terminé escribiéndola, reescribiéndola, transcribiéndola. Era lo único que me hacía sentir vivo. Respirar junto a ella, escribir cómo no sabía hacer café, sobre sus celos o las ganas que tenía de matarme cuando olía un perfume que no era el suyo. Escribir el proceso mediante el cual se desabrochaba el sujetador y éste se descarnaba de su espalda dejando el surco en la carne, liberando sus pechos con los que amamantaba mi arte, mis palabras, mi ego. Era mi madre, mi amante y mi puta. En la espalda quedaba la cicatriz efímera del surco, el recuerdo primitivo de lo que supuso el primer gran salto hacia el encuentro de la futilidad de los cuerpos en cuanto que son. El primer hombre decidió, por azar o instancia divina, rasgar el barro con

su mano, surgió el surco, el dibujo, la escritura, la literatura, la conciencia del ser, de la propia idea de existencia.

Se había convertido en literatura antes incluso de que fuera capaz de escribir sobre ella una sola palabra.

La noche en que se marchó, se hacía la dormida. No se me ocurría qué decirle. Lo peor que pude hacer fue meterme en la cama con ella al regresar, como si nada hubiera ocurrido, como si hubiera pasado la noche en la cocina, fumando o escribiendo o trabajando, como si no acabase de llegar hacía dieciséis minutos, como si no me hubiese perdido en el camino de vuelta porque no tenía suficientes colillas, como si fueran miguitas de pan para recordar el camino de regreso. La recuerdo en la cama, con los ojos cerrados, apretando los labios, apretando los dedos, las manos, los puños, apretando cada uno de sus huecos, de sus recovecos, aguantando cada gota de sus fluidos dentro de sí misma, como un dandy promiscuo al que le horroriza eyacular. Apretaba su culo, su coño, apretaba su alma, la expandía hasta un límite que ni siquiera alguien como ella era capaz de soportar; no quería que entrase nada procedente de mí por ninguna parte de su cuerpo. No me atrevía a decirle nada, ni siquiera a besarla, me apetecía besarla; no lo hice. Me dormí a su lado y soñé con Carver, y con ella.

Conocí a otras muchas en ese tiempo, decenas de Giulias Dadá, pero ninguna como Giulia Dadá. Era la máxima expresión de la inocencia encorsetada en unos vaqueros y unas botas. Supe que Giulia se había marchado aun cuando, horas antes, dormía abrazado a ella.



currícula

### **Antonio Barahona**

(Sevilla, 1984)

Es licenciado en Bellas Artes por la Universidad de Sevilla en la especialidad de Pintura. En 2006 realiza la beca Erasmus de dibujo en Perugia, Italia. Con la intención de seguir formándose y adquirir experiencia, participa en 2010 en la Cátedra Francisco de Goya de Caja de Ávila, impartida por Antonio López. Su pintura ha sido reconocida con numerosos premios, entre los que destacan el Premio Nacional de Pintura Ateneo de Sevilla (2010), el tercer premio en el XXXVIII Concurso Internacional de Pintura de paisaje Alcalá de Guadaíra, o una mención de honor en el VIII Certamen de Pintura del Colegio Oficial de Farmacéuticos (Sevilla, 2010). Actualmente se dedica a tiempo completo a la pintura y a la creación.

### **Ana Bidart**

(Montevideo, 1985)

Estudia Diseño de Moda en la Escuela Universitaria Centro de Diseño, y Artes Visuales en la Fundación de Arte Contemporáneo en Montevideo. Actualmente pertenece al cuerpo docente de la Cátedra de Diseño y Creatividad de la EUCD, donde también cursa su último año de la carrera de Diseño Industrial. Desde el 2005 ha expuesto colectiva e individualmente, se destacan: Feria ArteBA, con Harto\_espacio (Buenos Aires); *Fin del mundo* (Goethe Institut, Montevideo). *Satélites de amor* (Museo Nacional de Artes Visuales, Montevideo); *No dibujo* (Centro Cultural de la Embajada de México, Montevideo).

En 2008 es seleccionada en el Premio Nacional de Artes Visuales Hugo Nantes y en el Premio Paul Cezanne de la Embajada de Francia. En 2009 obtiene el premio de arte joven organizado por el Consulado de Uruguay en Nueva York y expone en el Queens Museum of Art.

[www.flickr.com/anitabling](http://www.flickr.com/anitabling)

**Matías Candeira**

(Madrid, 1984)

Es licenciado en Comunicación Audiovisual (UCM), diplomado en Guión por la ECAM y trabaja como profesor en la Escuela de Escritores de Madrid. Ha publicado los libros *La soledad de los ventrílocuos* (Tropo, 2009) y *Antes de las jirafas* (Páginas de espuma, 2011), además de tener textos incluidos en numerosas antologías de reconocido prestigio como *Aquelarre, Siglo XXI: los nuevos nombres del cuento español actual* o *Pequeñas Resistencias 5*. Ha colaborado en la revista *Quimera*, *Turia*, y ejerce la crítica ocasional en revistas digitales como *330ml*, *La tormenta en un vaso* o *Culturamas*. También ha obtenido numerosos premios literarios por su trabajo, entre los que se encuentran el Ignacio Aldecoa o el Premio de Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Madrid. Según Mario Vargas Llosa, es “víctima del vicio de escribir”.

<http://besarteenundelorean.blogspot.com>

**Alberto Fernández**

(Alicante, 1985)

Es licenciado en Bellas Artes por la UGR. Ha disfrutado de una beca Erasmus con destino en la AUTH (Tesalónica, Grecia) y una beca Séneca en la UPV/EHU (Vizcaya). En 2008 obtuvo el primer premio de poesía del VII Certamen Cultural Ibérico Jóvenes Artistas de Cáceres por la obra *Haikus de verano*. Tras licenciarse, participó en el taller «Proceso Analítico-Perceptivo-Deconstructor-Creativo en la Imagen Plástica Bidimensional» impartido por Inés Medina en el centro BilbaoArte. Su primera individual, *Geografía del tiempo, de A.G. Porta*, se celebró como parte del programa NEXT del Centro Montehermoso (Vitoria/Gasteiz, 2010). Ha sido seleccionado en la convocatoria de residencias Becas 2011 del centro BilbaoArte por el proyecto *Un sendero nuevo a la cascada*.

**Carmen Fonseca**

(Sevilla, 1984)

Es licenciada en Bellas Artes por la Universidad de Sevilla, donde destaca como artista multidisciplinar y figura como asistente honoraria en su Departamento de Dibujo. Ha asistido a los Talleres de Obra Gráfica de la Fundación Pilar y Joan Miró (Mallorca, 2009) y actualmente realiza el Doctorado en Investigación Artística. Sus exposiciones individuales más significativas son *En la soledad de un mundo tecnológico* (Proyectos “DMencia”, Córdoba, 2010) y *Ventana Digital* (Espacio GB, Sevilla, 2009). Ha participado en numerosas exposiciones colectivas, como la Feria Internacional de Arte Múltiple Contemporáneo ESTAMPA (Madrid, 2010). Ha recibido diversos premios, entre ellos el Premio-adquisición del XVII Premio Nacional de Artes Plásticas Universidad de Sevilla (2010), la Beca de Creación Gráfica de la Fundación CIEC (2010), la Ayuda a producción INICIARTE de la Junta de Andalucía (2009) o la Mención de Honor del VII Premio de Grabado Galería Nuevoarte (2009).

[www.carmenfonseca.es](http://www.carmenfonseca.es)

**Daniel Franca** (Sevilla, 1985)

Es licenciado en Bellas Artes por la Universidad de Sevilla. Su obra ha sido distinguida con numerosos premios, entre los que destacan el Premio Nacional de Pintura Ateneo de Sevilla, Premio Nacional de Pintura Francisco de Zurbarán, Premio Bienal de Arte Contemporáneo de Sevilla o primer accésit del Premio Nacional de Pintura Grúas Lozano. Además de esta beca, ha disfrutado de otras como la del Paular, organizada por la Real Academia de San Quirce en el Palacio del Quintanar (Segovia); Beca Xavier Pousa en Mondariz Balneario (Pontevedra); beca de paisaje Santa María de Guía (Gran Canaria); beca “Hoy” otorgada por el Departamento de Pintura de la Facultad de Bellas Artes de Sevilla y la beca “Entre Valles: Jarama-Danubio”, en Torremocha del Jarama (Madrid). Su obra pertenece a diferentes colecciones, como la del Museo de Arte Contemporáneo de Baeza (Jaén), la Fundación Caja Rural (Granada), el Centro de Arte EspacioGuía (Gran Canaria), la Fundación Fernando Villalón (Sevilla) o el Instituto de Cultura de Jerez de la Frontera (Cádiz).

[www.danielfranca.com](http://www.danielfranca.com)

**María Lillo Felis**

(Valencia, 1987)

Es licenciada en Periodismo por la Universidad de Valencia. En 2006 obtuvo el primer premio del III Certamen Nacional de Relatos Alhaurín de la Torre. En 2008 participó en un proyecto de turismo solidario en Ecuador, coordinado por la Fundación Bancaja y la asociación Jovesolides España. Disfrutó de una beca Erasmus en la Universidad de Viena durante el curso 2008 - 2009. De la mano de la expedición “Ruta Inka 2010: al encuentro de los mayas”, recorrió los principales santuarios arqueológicos y reservas indígenas de Sudamérica. Ocasionalmente colabora en publicaciones digitales, así como en diversas revistas universitarias. Es zurda y amante de los aeropuertos.

**Rodrigo Márquez Tizano**

(Ciudad de México, 1984)

Estudió Comunicación en la Universidad Iberoamericana, donde trabaja como profesor e imparte el taller de narrativa. Ha publicado los libros *Caballos de fuerza* (ArteletrA, 2008) y *Todas las argentinas de mi calle* (Moho, 2010). Premio Nacional de Ensayo Joven Octavio Paz 2006. Es colaborador, entre otras, de revistas como Gatopardo, Tierra Adentro (CONACULTA), Punto de Partida (UNAM), Replicante, Rolling Stone, Día Siete, ANIMAL y del periódico El Universal.

[www.twitter.com/@rmtizano](http://www.twitter.com/@rmtizano)

### **Alejandro Morellón**

(Madrid, 1985)

Vive en Mallorca. Estudió Realización de Cine y Guión en el C.E.F. Ha publicado varios artículos en Revista de Arqueología e impartido talleres de guión en centros de juventud de Mallorca. Entre 2007 y 2009 obtiene varios premios literarios, como el Mallorca Fantástica o el Artjove. Algunos de sus relatos han sido publicados en antologías, entre las que se encuentran *Un portal de palabras 2* o *Alfa Eridiani*. En 2010 es seleccionado para formar parte de la novena promoción de la Fundación Antonio Gala, donde se emplea en la escritura de una novela.

[www.lamansiondelelefante.blogspot.com](http://www.lamansiondelelefante.blogspot.com)

### **Héctor F. Pascual Álvarez**

(Madrid, 1985)

Es licenciado en Arte Dramático y Estudios Internacionales en el Macalester College de Saint Paul (Minnesota, EE.UU). Ha participado como actor en más de veinte montajes y dirigido otros cinco. Ha escrito artículos para el Centro Europeo de Periodismo en Maastricht (Holanda) y ha publicado dos ensayos en el Macalester International: *Imagining Acts: Music and Nationalism* (Actos de la imaginación: Música y Nacionalismo) y *World Society Onstage* (Sociedad global a escena). Recientemente, una serie de veinticuatro poemas suyos ha sido incluida en la antología de ecopoesía *La Escombrera* (Legados, 2011). Entre sus premios literarios se encuentran el Premio Jóvenes Creadores de Alcalá de Henares (2002, 2007 y 2008), Premio Antonio Villalba de Cartas de Amor o Premio Ruth Easton para las Artes (Minnesota), por su montaje en lengua inglesa de *La Casa de Bernarda Alba* de Federico García Lorca.

**Lara Pintos**

(A Coruña, 1984)

Es licenciada en Bellas Artes por la Universidad de Vigo y titulada en Ilustración por la Escuela de Artes y Oficios de A Coruña. Compagina encargos para publicaciones de la Xunta de Galicia, murales urbanos para el Ayuntamiento de A Coruña, talleres de ilustración y sus exposiciones de pintura. Ha participado en el taller de artistas con Agustín Ibarrola en el MACUF, al igual que en exposiciones como el Festival Bopart del Ayuntamiento de Barcelona, Galería Cuatrodiecisiete de Madrid, Exposición de Grabado en Hueco de la UCM, y como integrante de los proyectos *En Femenino*, para el Consell Comarcal del Solsonés (Lleida) y A Coruña, y *Torremanía*, para el Ayuntamiento de A Coruña. Ha ganado varios premios de pintura como el Gz Crea (Xunta de Galicia), RSD Hípica de A Coruña y Premio de Pintura del Concello de Melide.

[www.larapintos.com](http://www.larapintos.com)

**José E. Porras**

(México 1985)

Es egresado de la ENAP UNAM en México D.F. como Licenciado de Artes Visuales, y cursa el Máster Oficial en Producción Artística de la UPV en Valencia, con el apoyo de la Fundación Colección Jumex. Ha participado en diversas exposiciones colectivas e individuales, como *Pasto en el cuarto*, intervención procesual en la galería 100m cúbicos de arte contemporáneo (México, 2009). Ha sido seleccionado en diversos certámenes internacionales, recibiendo una Mención Honorífica en la 3er Bienal Internacional de Grabado Experimental (Rumania, 2008). Actualmente desarrolla su trabajo producción y experimentación en el campo de la grafica y la instalación.

[www.olaganandoespacio.wordpress.com](http://www.olaganandoespacio.wordpress.com)

**María Sevilla**

(Almería, 1986)

Es diplomada en Educación Musical por la Universidad de Almería. En el año 2007 obtiene el Título Profesional de Piano por el Real Conservatorio de Música de Almería. Ha trabajado como docente mientras realizaba, de forma paralela, algunas incursiones en el mundo de las letras. Actualmente trabaja en su primera novela y colabora con la revista digital Calidoscopio Panfleto Cultural. Mantiene activo un blog donde experimenta con texto e imagen en forma de pequeñas y candentes postales, fogonazos de la vida irreal de personajes anónimos en mitad de la nada.

[www.desquiciario.blogspot.com](http://www.desquiciario.blogspot.com)

**Salvador J. Tamayo**

(San Fernando, 1986)

Es licenciado en Historia por la Universidad de Cádiz. Ha asistido a distintos talleres literarios impartidos por el escritor Félix J. Palma y la profesora y escritora Nieves Vázquez Recio. Ha publicado en la antología *No tienes tú cuento* (Diputación de Cádiz) y colabora en revistas y fanzines como Horizonte, Hangover, Granite & Rainbow, Panfleto Calidoscopio, Anika entre libros; y como articulista en la revista política GRUND. Ha sido galardonado con numerosos premios literarios como XVIII El Drag y el Premio de Literatura Wenceslao Benítez. Ha traducido del italiano a Pasolini, Nanni Ballestrini y Sanguineti, entre otros. Ha recorrido Ecuador, desde Quito hasta la Amazonía, como guionista del equipo de televisión de la Expedición Tahina-Can, organizada por la Universidad Autónoma de Barcelona. En 2009 se traslada a Florencia durante un año y en otoño de 2010 entra en la Fundación Antonio Gala para escribir su primera novela.

[www.salvadorjtamayo.blogspot.com](http://www.salvadorjtamayo.blogspot.com)



## Índice

Antonio Barahona	8
Ana Bidart	16
Alberto Fernández	24
Carmen Fonseca	32
Daniel Franca	40
Lara Pintos	48
José E. Porras	56
Matías Candeira	66
María Lillo	74
Rodrigo Márquez Tizano	82
Alejandro Morellón	90
Héctor F. Pascual Álvarez	98
María Sevilla	106
Salvador J. Tamayo	114



Este libro se terminó  
de imprimir con alegría  
en la Noche de San Juan de 2011